

Biblioteca

Films Nacional

EL CRIMEN DE MEDIA NOCHE

A vintage movie poster for the film 'El Crimen de Media Noche'. The top half features a large, dark, shadowy figure with outstretched arms, set against a red background. Below this, the title 'EL CRIMEN DE MEDIA NOCHE' is written in large, bold, white letters with black outlines. The bottom half of the poster shows a scene with several people: a man in a suit and a woman in a brown coat and hat are in the foreground, looking at each other. In the background, a man in a dark suit is pointing towards a woman in a brown coat and hat. Another man in a brown suit is standing nearby. A man in a brown suit is lying on the ground in the foreground. The background is a blue sky with a large white clock face showing the number 12 and the letter A.

Ramón Pereda
Juan Torera

editorial "alas"

gosiop de Bateu curguis



AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

EDUARDO, 14 y 16
BARCELONA

CARLOS, 3
MADRID

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.

Valencia, 234 - Teléfono 79657

BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

FUNDADOR Y DIRECTOR:
Ramón Sala Verdaguer

EDITORIAL
"AUS"

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Spartaco 767 - Teléfono 70657
BARCELONA

AÑO III

Núm. 14

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE

CUANTAS veces nos dejamos llevar por las apariencias sin pensar que éstas son muy engañosas. Este es el caso de esta novela. Un criminalista, admirado por todos, confidente de su mejor amigo y al que asesina bajo el pretexto del amor, pero descubierto al final por la poderosa razón de la fuerza y la inteligencia.

EXCLUSIVA PARA TODO EL MUNDO:

JOSÉ BALART

Calle Valencia, 227 - Teléf. 79925 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Diana</i>	A. LAMAR
<i>Grant</i>	Ramón Pereda
<i>David</i>	Juan Torera
<i>Sullivan</i>	
<i>Philips</i>	

Diálogos de

F. ELIAS

Narración de la novela:

JULIO DE LA ROSA

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

UN INSPECTOR GRUÑÓN

CHICAGO, la gran urbe americana, pasaba una temporada de asolación y temor ante las continuas fechorías de los gangsters que habían llegado a obtener un puesto preeminente en la política, lo cual les ayudaba en sus continuas malandanzas, siendo estériles los esfuerzos de la Policía para poner coto a tanto desmán.

Los robos, atracos, asesinatos con todos sus agravantes se cometían en plena calle y a la luz del día, fracasando siempre la labor de los agentes de la autoridad. Muchos de ellos pagaban con su vida el atrevimiento de querer echar el guante a cualquiera de los que constituían una

plaga para la sociedad, y si alguno de ellos llegaba a pisar las puertas del presidio, muy pronto se vela libre por la acción de amigos influyentes que mediante la entrega de una cantidad de dólares obtenían el perdón para el delincuente.

En este ambiente de vida, el pacífico ciudadano casi no podía andar por la calle sin ser víctima de una rociada de plomo, y si bien existía alguien que por todos los medios hacía lo posible para terminar con aquella anarquía, había otros, en cambio, que dificultaban su labor poniendo en el camino de la rectitud y la justicia toda clase de trabas.

El único que no podía consentir aquello era el inspector Sullivan,

hombre de avanzada edad, que había conseguido, gracias a sus esfuerzos, el lugar de jefe de Policía y trabajaba con mayor afán, si cabe, para terminar de una vez con aquella gentuza.

Una cosa muy interesante había logrado ya. Existían por entonces muchas casas que bajo su aspecto serio y distinguido cobijaban en su seno una cuadrilla de jugadores con ventaja que desvalijaban al incauto que con el ansia de hacer dinero acudía al tugurio. En aquellas casas se planeaban todos los robos y asesinatos, y el inspector Sullivan había conseguido cerrar la casi totalidad de ellas, logrando crearle con esta acción numerosos enemigos que esperaban impacientes el momento de darle una puñalada a traición para continuar con sus negocios ilícitos.

El inspector Sullivan, en más de una ocasión, había recibido anónimos en los que le anunciaban una muerte próxima, pero, hombre acostumbrado a jugarse la vida en muchas ocasiones, se reía de aquellos papelotes y esperaba pacientemente a que alguno de aquellos «valientes» se pusiera enfrente de él, para ajustarle las cuentas, pero el tiempo pasaba sin que hubiera el decidido que pusiera término a los días del valiente policía.

También a su alrededor, entre los

hombres que mandaba, cundía el descontento porque era recto y firme y castigaba con severidad cualquier acto de servicio que estuviera mal efectuado.

Aquel día estaba, como de costumbre, en su despacho, y fuera, sentados, esperaban ser recibidos por el inspector unos diez o doce policías que habían sido llamados, aunque ignoraban que aquella llamada encerraba una reprimenda.

Abrióse la puerta que daba a la calle y apareció un joven que también pertenecía a la brigada criminal. Con paso firme y seguro se dirigió hacia el despacho del inspector, y al ver que uno de los que esperaban hacía una mueca de disgusto, le dijo jovialmente:

—No te impacientes, hombre. Lo mío trae más prisa que lo tuyo.

Luego, sin esperar a que el otro le dijera nada, abrió la puerta, presentándose ante el inspector, que cambió su rostro severo por una sonrisa placentera.

—Siéntate—le dijo.

Obedeció David, que así se llamaba el joven, y después de carraspear algunas veces, intentó hablar, aunque no sabía cómo hacerlo. El asunto que le llevaba allí era un poco delicado, o, si no lo era, lo suponía. En vista de su mutismo, fué Sullivan el que tuvo que decirle:

—Voy a abrirte el camino. Supongo que vienes a hablarme de mi hija Diana, ¿verdad?

Suspiró David como si le hubiera arrancado un gran peso de encima, y afirmó:

—Sí, es verdad. Diana y yo nos queremos; únicamente deseamos saber si contamos con su aceptación para casarnos.

—Desde luego que la tenéis—dijo el inspector—. Si mi hija te ha elegido no quiero yo quitarle la ilusión. Tú eres buen muchacho y llegarás a ser algo.

—No lo dude. Desde hace tiempo que tengo la vista encima del uniforme que lleva usted puesto—declará David.

Sullivan lo miró sonriendo paternalmente y le dijo:

—El maestro estará más orgulloso si se ve superado por su discípulo... y ahora, si algo tienes que decirme, vale más que se lo digas a Diana.

Alargó la mano al joven, que no podía creer que con tanta facilidad se le hubiera resuelto el asunto, y antes de que hubiera salido le rogó:

—¿Quieres hacer el favor de decirle al teniente Bonelli que entre?

—Desde luego—contestó David, transmitiendo la orden al interesado.

El teniente Bonelli era un hombre que en otro tiempo no había dado

que decir nunca, pero, según parecía, se había juntado con algunos hampones y desde entonces sus servicios iban de mal en peor. No ignoraba que de los labios del inspector iba a escuchar una seria reprimenda, pero haciendo el inocente iba a sentarse, lo cual le fué prohibido por su superior, que le dijo:

—¿En pie me oírás mejor, Bonelli? ¿Puede usted explicarme lo que ocurre en su zona? No pasa día que no caiga un hombre muerto o se cometa un robo.

—Yo no sé que hacer; esa gente aparece por donde menos se piensa—disculpóse el teniente.

—Mire, Bonelli—le aconsejó Sullivan—, lo mejor que puede usted hacer es alejarse de la política, y no olvide que si continúa así tendré que echarle del Cuerpo.

La mirada del policía se hizo agresiva, y en aquel tono contestó:

—¡No olvide usted también!...

—¡Cállese y márchese!—le atajó rápidamente el inspector al ver que le iban a faltar al respeto que debían a su superioridad.

Cuando se marchó el teniente entró otro policía a recibir también las reconvenciones del inspector. Cuadróse con respeto y esperó a que hablara.

—Sé que se está haciendo usted una casa—le dijo Sullivan—, y com-

prenderá que con el sueldo que le tienen asignado no es posible. Créame, no se acerque a las casas de juego.

—No me hago la casa a costa del juego—protestó el policía—. Murió mi abuela y me legó toda su fortuna.

Sonrió el inspector ante la excusa y le dijo:

—Me gustaría ver la documentación.

—No dude de que se la traeré hoy mismo—obtuvo como respuesta.

—Me alegraré por usted; y ahora... puede retirarse, pero diga a Philips que le espero.

Sentóse el inspector, cansado de aquella continua lucha que tenía que sostener y deseoso de que llegara el día que diera resultados positivos, pero para ello era necesario tener, primero, absoluta confianza en sus hombres, y muchos de ellos estaban de acuerdo con los bandidos haciendo de esta forma imposible toda acción.

El único que gozaba una buena reputación y confianza, era el capitán Philips. Este tampoco se había apartado nunca de la senda del deber y en más de una ocasión había sido herido en continuas refriegas con los malhechores. Por eso cuando alguna zona de la capital era desatendida, Philips se encargaba de volverla al orden.

Cuando entró en el despacho del inspector, permaneció en pie hasta que aquél le ordenó:

—Siéntese usted, Philips. He decidido variarle de zona; voy a ponerle en el puesto del teniente Boselli, a ver si así variamos un poco aquel lugar.

—Pero el teniente Boselli se va a molestar — hizo notar Philips—. Además no lo hace del todo mal.

—Se equivoca: las cosas no marchan por allá y estoy decidido a terminar de una vez con todos esos canallas.

Tal vez Philips pensaba de manera distinta. El estaba continuamente al lado de sus compañeros y sabía que muchos de ellos odiaban al inspector por su rectitud, y aunque él siempre hacía lo posible para llevarlos por buen camino, hasta entonces no quiso demostrar sus inquietudes hacia el inspector en la creencia de que finalmente le harían caso y abrazarían la razón de la Justicia.

Sin embargo, nada más lejos de esta suposición, por lo que los amonestados sentían cada día mayor odio hacia aquel hombre que miraba por el bien de ellos; y este malestar acrecentaba cada vez que recibían una reprimenda.

Cuando el inspector terminó de hablar con Philips, salió de su despa-

cho a dar el toque final a los que le esperaban.

Todos los policías se levantaron, y Sullivan, después de mirar a unos y a otros, llamó a un agente que no osaba levantar la vista del suelo.

—Ven—le dijo, y una vez lo tuvo frente a frente le preguntó—: ¿Se puede saber por qué abandonaste ayer el servicio?

—Es que... verá usted... mi novia cumplía años y creí que por un día...

—¡Pues creíste muy mal! —le atajó el inspector—. Por esta vez, pase, porque tu hoja de servicios es intachable, pero en adelante procura cumplir con tu deber antes que con nadie.

Luego, dando todos los incidentes por olvidados, dirigióse a sus hombres en general, diciéndoles:

—¡Señores! Estoy satisfecho de tenerlos a mis órdenes y espero que todos cumplan como el Cuerpo me, rece. Quiero tener confianza en todos. Que estén todos en sus puestos y... nada más. Pueden retirarse.

Murmurando por la bajo salieron unos, mientras que otros comprendían que el inspector tenía razón sobrada para, de vez en cuando, amonestarlos.

En aquel momento un nuevo personaje hizo irrupción en aquel departamento. Se trataba del gran cri-

minalista Grant, un hombre con grandes dotes para descubrir toda clase de crímenes y robos y que gozaba de la amistad del inspector. Era alto, de belleza varonil, y era temido por la gente del hampa, que sabía que aquel que iba a parar a sus manos era destinado sin ningún género de dudas a la silla eléctrica.

Ambos hombres se abrazaron amigablemente dispuestos a departir un rato.

El inspector le ofreció un cigarro, que Grant rehusó amablemente, diciéndole:

—Gracias, pruebe usted los míos; son mejores.

Sullivan encendió el cigarro, aseverando:

—Es verdad, son mejores.

Luego, Grant estuvo unos momentos contemplando los espirales que hacía el humo al ascender alto, como si estuviera pensando algo de mucha importancia. Por fin preguntó:

—¿Cómo está Diana?

Al inspector Sullivan no se le escapaban los más nimios detalles. Sabía que desde hacía mucho tiempo Grant estaba enamorado de su hija, pero sin que ella le distinguiera más que en una amistad profunda y una admiración desinteresada. Por eso, el policía sabía ya qué quería decir con aquella pregunta, y contestó:

—Amigo Grant, siento mucho decirle que Diana va a casarse con David. No lo tome usted a mal. Diana le admira y le quiere como a un hermano, pero su corazón ha tomado otro dueño y yo no quiero torcer su deseo.

Grant oyó aquellas palabras sin que al parecer le ocasionaran ninguna tempestad interior, y así respondió:

—Me alegro, pues aunque la hubiera querido para mí, David es un buen chico y hará feliz a Diana. De ahora en adelante me limitaré también a brindarle mi admiración y un cariño de hermano.

La conversación fué interrumpida por la entrada de la secretaria anunciando la llegada del doctor Mandel, que fué introducido seguidamente a presencia del inspector. Este, desde hacía mucho tiempo, se había preocupado de su salud de una manera persistente, de forma que cada mes el doctor le sometía a un examen que se anotaba cuidadosamente para saber siempre cómo seguía el organismo de Sullivan.

Grant sonrióse ante aquel cuidado que él denominaba innecesario, y se apartó para que el doctor pudiese ejercer libremente sus funciones.

Antes, Sullivan quiso presentar a los dos hombres, diciendo a Grant:

—Le presento a uno de los mejo-

res médicos, el doctor Mandel, que tiene a su custodia este cuerpo asegurado en una compañía, y, claro, la compañía tiene también su interés en que yo siga bien.

—Celebro mucho conocerle—dijo Grant.

—¡Oh! No haga mucho caso a sus palabras. El inspector Sullivan siempre exagera algo las cosas. En cuanto a usted, tenía ya el placer de conocerle. El inspector Sullivan me ha hablado en diversas ocasiones de su talento portentoso—dijo el doctor Mandel.

—También debo rogarle a usted dijo Grant—que no haga caso del inspector, pues, como ha dicho usted mismo acertadamente, siempre exagera las cosas.

—Es verdad, pero en el caso de usted es diferente. Todo el mundo sabe que es el criminalista más perfecto—aseveró el doctor.

—Sí, y para disimular, ha cambiado la pipa de Sherlock Holmes por el cigarro puro; ahora que también lo van a descubrir—dijo riendo Sullivan.

—Es igual, cuando me descubran volveré a coger la pipa, pero de momento quiero ir en contra de mis colaboradores—contestó también en son de broma Grant.

Ya el doctor Mandel había sacado de su maletín todos los objetos

necesarios para auscultar al inspector y se aprestó a su trabajo, examinándole primero el corazón. Después de unos instantes dijo:

—Nada, funciona perfectamente; ahora vamos a probar la presión de la sangre... bien... bien; veamos la vista... tiene usted vista para sesenta años todavía.

Este diagnóstico era el que emitía mensualmente y casi siempre con exactitud el día primero de cada mes; el doctor Mandel era lo que puede llamarse un verdadero casero.

Después de haber devuelto al maletín los diversos aparatos se despidió del criminalista y del inspector, prometiendo volver al mes siguiente.

Volvió Grant a tomar asiento y reanudar la interrumpida charla con su amigo, al que dijo:

—Le veo muy preocupado, debería distraerse.

—Si ya tengo bastante distracción. Siempre he de estar preocupado con los asuntos de aquí y de la calle. ¡Es penoso no tener confianza en quien nos rodea!—exclamó Sullivan tristemente—. Pero, en fin, paciencia, ¡todo acabará! Estoy seguro de que enseñándoles continuamente y adiestrándoles en su deber lograré lo que tanto ansío, y

a propósito de esto, ¿tiene usted mucho trabajo hoy?

Grant repasó mentalmente los compromisos que tenía aquel día y contestó:

—Hasta después de cenar tengo trabajo, luego estaré a su disposición.

—Pues quisiera—solicitó el inspector—que esta noche diera usted una conferencia acerca de los distintos tipos de criminales.

—No tengo ningún inconveniente—accedió Grant.

—Iremos a la cárcel; tengo unos tipos bastante interesantes para este asunto—explicóse Sullivan.

—¡Oh, esto es más difícil! Mis teorías siempre se han basado en tipos imaginarios, pero reales... podría fracasar—dijo Grant.

—No, usted no fracasa nunca; estoy seguro —aseveró Sullivan, que tenía una fe ciega en aquel hombre.

—Bien, entonces no faltaré... Hasta luego.

—No nos haga esperar—volvió a recalcar el inspector.

—No tema—aseguró Grant.

Salió el criminalista del despacho y el inspector se disponía a dar un poco de tregua a sus diversos asuntos, ausentándose por un momento de aquella oficina donde tantos malos ratos pasaba.

Podía decirse que toda su vida la había puesto al servicio de la justicia y parecía viejo porque unas canas bastante prematuras habían puesto en su cabeza ese color que denotan los años y sin embargo Sullivan no era viejo ni mucho menos. Los sinsabores y muchos disgustos le hundieron en aquel estado aparente,

pero su corazón todavía era joven y fuerte.

Luego también el tener una hija como Diana convertida ya en una mujer, pues su complexión física había salido idéntica a la de sus padres, hacía que Sullivan pareciera más viejo de lo que era.

AMORES CON CONSECUENCIAS

EL inspector Sullivan, desde hacía mucho tiempo, se había dedicado por completo a su profesión y no se le habían conocido aventuras amorosas. Sin embargo, las había tenido, pero siempre fiel cumplidor de su deber, había hecho lo posible para que aquellas distracciones no pasaran a mayores a fin de pañar su buen nombre, pero sin saber cómo se hallaba enredado de una forma que podía acarrearle consecuencias desagradables.

El inspector habíase casado muy joven, su posición y renombre muy pronto le ayudaron a granjearse las simpatías del sexo femenino y si bien fueron muchísimas las mujeres que fueron tras él para casarse, sólo lo hacían con el ánimo de brillar y de

teher un marido que fuera personaje importante.

Sullivan esquivó muchos de estos partidos. Estaba firmemente decidido a no unirse en matrimonio si el amor no mediaba y entre todas las aventuras más o menos fáciles que halló, sólo el egoísmo y el interés era lo que más abundaba. Asqueado estuvo mucho tiempo retirado de sus amistades dedicándose con un entusiasmo innato en él al estudio y perfeccionamiento de su destino sin que ninguno de los que pretendían meterle de nuevo en un círculo vicioso logaran su intento.

En este plan de trabajo su nombre fué popularizándose, y muy joven todavía era respetado incluso por sus jefes mayores que él.

Pasado el tiempo y cuando todas

aquellas mujeres que mariposeaban un día a su alrededor se dieron cuenta de que nada podría hacer variar el recto camino que llevaba y le dejaron tranquilo, entonces Sullivan, por su propia cuenta, empezó a buscar a la compañera que animara su hogar y le diera un poco de alegría.

No le costó mucho trabajo hallarla. Era una muchacha morena y bien parecida que momentáneamente rechazó al pretendiente y esto fué lo que más le gustó a Sullivan. Esperó pacientemente, colmándola de atenciones y delicadezas que poco a poco iban inclinando el corazón de la joven hacia él, hasta que por fin, vencida, no tuvo ningún inconveniente en acceder a sus requerimientos.

Fuó un noviazgo corto. Sullivan no era hombre que acostumbrara a perder el tiempo y así tan pronto sus caracteres quedaron expuestos y avenidos, celebróse la boda, sin ningún boato ni ostentación.

Los jóvenes esposos, luego de un viaje, que sirvió de mucho para él, volvieron al hogar constituido y vivieron unos años de inmensa felicidad que en ningún punto se vió truncada, porque Sullivan era el esposo atento que se derivaba para adivinar los más nimios gustos y caprichos de su esposa.

Aquel paraíso, no obstante, se vió

prontamente nublado por la tragedia. La esposa de Sullivan, al poco tiempo de haber tenido a Diana, enfermó y su enfermedad fué lenta pero iba minando a diario la existencia de la joven madre, que se sentía desfallecer por momentos hasta que los doctores no dieron ya ninguna esperanza. Unos días más tarde Sullivan perdía para siempre a su leal compañera, y el dolor que sintió fué tan inmenso que nadie podía consolarle, la felicidad que a su lado había hallado no podía borrarse de su memoria y cada rincón y objeto tenía un recuerdo que todavía le hacía más dolorosa su viudez...

La pequeña Diana en su inocencia era la única que ponía una nota de ruido en el hogar descompuesto, y poco a poco Sullivan fué recordando la tranquilidad perdida, dedicándose únicamente al cuidado y educación de su hija, en la que veía una prolongación de la esposa desaparecida.

El tiempo, al transcurrir, cubrió bastante la herida que el noble policía recibió y ya cuando su hija fué una mujercita con sus mimos y risas terminó por alejar el dolor que todavía anidaba en su corazón.

Luego, cuando dedicóse de lleno a su gestión, volvieron de nuevo muchas mujeres, ofreciéndola ve-

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE

ladamente una felicidad que él nunca más podría hallar y que tampoco ansiaba porque le parecía un escarnio a la esposa perdida y así de esta forma continuó algunos años sin que nada turbara la dulce tranquilidad de su existencia.

Fué entonces cuando creóse un cuerpo de policía en el que tomaban parte activa el elemento femenino. Fundáronse unas inspectoras que lograron excelentes servicios, y entre éstas hubieron algunos que suspiraron por el inspector, aunque si bien él nunca les dió pie para confidencias.

Entre estas inspectoras figuró desde el primer momento Mary. Entrada ya en años, puso toda su influencia para que emplearan en las oficinas a su hija, y quiso la suerte o la desgracia que fuera admitida en calidad de secretaria de Sullivan.

La muchacha quedó rápidamente impresionada por el porte de su superior y se desvivía en hacerla agradable la estancia en la oficina. Hoy era un ramo de olorosas rosas que ponía encima de su mesa, mañana ponía unas nuevas cortinas dando al gabinete un aire coquetón y confidencial, y así de esta forma iba introduciéndose poco a poco en el corazón del policía, aunque éste no se diera mucha cuenta.

Entre los dos sólo mediaba el res-

peto que deben tenerse el subalterno y el jefe, pero a medida que los días transcurrían, Sullivan sentíase acercado a la secretaria, que calificaba de modelo.

Pasaron quizás un par de años sin que para nada variara la situación del inspector y su secretaria, hasta que por fin Sullivan se dió cuenta de que la muchacha se hallaba enamorada de él. Comprendía que era una locura, pues muy bien podía pasar por su padre, pero por otra parte estaba ansioso de cariño, de amor puro y noble y sin pensar en las consecuencias de su acción empezó a tomar en cuenta las acciones de su secretaria; a invitarla a cenas y teatros, avivando con ello la llama que ardía en el pecho de la joven.

No tardó mucho Sullivan en sentir una honda pasión que inmediatamente se vió correspondida por ella y ambos se lanzaron de pleno a gozar de aquel amor que bien velan era imposible. En primer lugar los separaba a ambos una barrera social que era difícil de acercar y luego la edad, pero ellos no tuvieron nada de esto en cuenta y primero se encontraban y se amaban a escondidas de los demás, pero luego al ver que sus amores no eran descubiertos adquirieron plena confian-

za y no se ocultaron a los ojos de nadie.

Esto dió lugar a que Mary, la madre, empezara a recelar y espiara continuamente a su hija, llegando al convencimiento de que amaba al policía. Creyó primero de buena fe que su hija se casaría con él, pero a medida que el tiempo pasaba vió con claridad que aquellos amores serían siempre a espaldas de ella y como buena madre no estaba dispuesta a consentirlo.

Sondeó el ánimo de su hija para saber la verdad de todo, pero nada pudo sacar en claro y en diversas ocasiones estuvo tentada para hablar con Sullivan, pero un resto de subordinación paraba sus naturales deseos, hasta que por fin cierto día enteróse de que todo el mundo murmuraba de su hija y del inspector, decidiendo entonces poner un tope a aquella aventura.

Precisamente la secretaria había llegado también a convencerse de que su madre estaba al corriente de todo y un terror comprensible a su edad le hacía ir a Sullivan a pedirle protección.

Sentada en su oficina veía pasar las horas sin decidirse a dar el paso que de una vez la sacara de aquella situación equivocada en que vivía. Sabía, pues Sullivan se lo había dicho infinitas veces, que no podía ca-

sarse, pero por otra parte aquel fuego que le abrasaba el pecho le impedía romper el compromiso. Estaba verdaderamente enamorada y no tenía valor suficiente para arrancar una pasión tanto tiempo conservada.

Desde hacía muchos días se había fijado en que su madre la miraba de un modo particular y que sus palabras tenían un reproche que nunca había hallado. Creyó primero que todo era objeto de su imaginación, pero luego convenciéndose de que todo lo sabía y que era urgente a todo punto tomar una determinación.

Obsesionada por esta idea dejó su mesa y decidida penetró en el despacho del inspector, que en aquel momento disponíase a marchar.

Lanzóse llorando a sus brazos y entre hipos le dijo:

—¡Es necesario tomar una determinación! ¡mamá sospecha!

—No temas, muchacha, no pasará nada y no creo que Mary sospeche nada—dijo Sullivan para aplacarla, pero estaba muy equivocado, porque Mary estaba oyendo la conversación detrás de la puerta, y no pudiéndose contener abrió aquella de par en par y encarándose con el inspector le dijo:

—¡Debo guardar a usted respeto cuando se trata de cosas del cuerpo,

pero en este asunto, es a mí a quien debe el respeto?

—¡Señora...! —trató de protestar Sullivan.

—¡Aquí no hay más que una solución, casarse con mi hija, y... pobre de usted si no lo hace!

Luego cogió a su hija por la mano y la arrastró afuera, dejando al inspector sumido en un mar de confusiones. No dudaba de que aquella mujer era muy capaz de armar un escándalo que le costara su destino y por eso quería buscar la solución de arreglar aquello sin que nada malo le ocurriera, pero por más que pensaba no acertaba lo que debía hacer. Sabía de antemano que no podía casarse, en primer lugar por la edad y en segundo lugar porque tenía una hija que se hubiera burlado de él creyendo que todo no sería más que una broma.

Muy pronto por eso tuvo tema para distraerse de aquel «enojoso asunto», como él titulaba; había sonado el timbre del teléfono y acudió a la llamada; cuando tuvo el auricular a la oreja oyó que le amenazaban de muerte. Esto no lo tomaba tampoco a pecho, con aquella eran cuatro las veces que le habían amenazado sin que ninguna de ellas le hubiera ocurrido lo más mínimo. No obstante, telefonó a Grant, él en todas ocasiones halla-

ba algún recurso, y cuando supo de lo que se trataba, le contestó:

—Mientras estaba hablando con él hubiera podido hacerle detener, ¿sabía desde dónde hablaba?

—Sí—respondió el inspector—, desde un restaurante.

—Pues ya lo ve, se le ha escapado el pájaro—indicó Grant riéndose.

—Oh, no todo el mundo tiene su sagacidad!—declaró Sullivan—. Y ahora otro asunto que me preocupa más que ése. Mary sabe lo de su hija y quiere que me case con ella, ¿qué hago?

—Esto sí que no lo sé, es usted quien debe decidir —manifestó Grant.

—Pero es que esto no puede ser, yo no puedo casarme...—protestó Sullivan.

—Bueno... recapacite y hasta la noche.

Sullivan quería algún consejo que le hubiera dado la solución de la incógnita que ante él se alzaba, pero por lo visto el planteamiento del problema era para él solo.

Se marchó de una vez, y mientras en la prefectura, el encargado de dar los partes de accidentes tenía con voz cansina ante el micrófono:

—Atención... coche 21, atención, en la calle 24 se están dando de bofetadas dos mujeres.

Dejaba el papel, volvía a coger otro y leía:

—Atención... coche 43, en el Parque hay un perro rabioso.

De pronto su semblante se animó y con voz fuerte y rápida leyó:

—¡Atención! ¡Atención! coches 34, 52, 27, 18. ¡Unos ladrones han asaltado el Banco Internacional! ¡Van en un coche negro que se dirige a la carretera central!

Después de ser oído el mensaje por los autos de referencia, salieron a todo gas tras de los malhechores, que con el tiempo que tenían ganado les llevaban mucha delantera, mas los coches de la policía eran rápidos y acortaban sensiblemente la distancia que los separaba.

En uno de aquellos coches, en el primero de todos, iba David, que muy pronto requirió la pistola con el fin de agujerear el depósito de la gasolina o un neumático y obligar de esta forma a que los bandidos pararan, pero en cambio los bandidos tiraban a la policía y David no tuvo más remedio que hacer lo mismo.

La persecución iba tomando caracteres verdaderamente alarmantes, pues al hallarse los coches fuera de la ciudad, en una carretera que todo eran virajes peligrosos, emprendieron una velocidad elec-

trizante que amenazaba a cada momento con un vuelco de consecuencias fatales; pero tanto los gangsters como la policía eran gente ducha en el manejo del volante, y con una sola mano guiaban, mientras que con la otra disparaban.

Los coches de la policía alcanzaban ya al auto negro que, viéndose perdido, quiso probar fortuna y se lanzó por el terraplén, pero quiso la suerte que el coche en vez de bajar, como habían pensado, tropezara con una piedra y después de dar muchos vuelcos quedara totalmente deshecho en el fondo. Cuando llegó la policía, dos de los malhechores habían muerto, pero entre los restos de lo que fué auto se veía también a otro que no daba señales de vida. David fué a sacarlo y quedó frío como la nieve, ante él tenía a su hermano, y por azar de la vida él lo había matado. Cerca del corazón tenía una herida de bala.

David se lanzó sobre su hermano y después de reanimarlo le preguntó con la voz velada por el llanto:

—¿Por qué has hecho eso? ¿En dónde te has metido?

John abrió tristemente los ojos, también cuajados de lágrimas y sólo dijo:

—¡Perdóname! ¡No tenía dine-

rol... Creía que no tenía que matar a nadie... sólo me dijeron que era un robo sin importancia...

—¡Oh, John! ¡Yo te salvaré! Vendrá la ambulancia y te curará! —le dijo David con la esperanza todavía de salvar a su hermano.

El hermano meneó la cabeza tristemente y le dijo:

—No... es mejor que no me curen... prometo que no dirás nada a mamá... prométemelo.

—¡Sí, John, no diré nada!

Al cabo de unos instantes el desventurado muchacho moría entre los brazos de su hermano, que quedó como si la herida la hubiera recibido él. En su lucha continua contra los malhechores, nunca le había sabido mal quitar de en medio a cualquier tipo de aquellos, con el fin de hacer un bien a la humanidad, pero ahora era muy diferente. Su hermano no era malo, se había dejado llevar por malas compañías y ahora tocaba las consecuencias.

Cuando una persona tiene quien le lleve por el buen camino y continuamente le guía, es difícil de que caiga por el precipicio; pero por el contrario, si en una noche tenebrosa uno se aventura por un monte sin más guía que su sentido, es muy fácil que caiga para no levantarse

jamás. Esto ocurrió a los hermanos David desde muy pequeños, aunque quedó huérfano halló quien se preocupara por él y le diera una excelente educación que el muchacho fué completando con su buena voluntad, pero por el contrario John, bien fuera porque estuvo alejado de sus padres o porque dejése imbuir por falsos amigos, la verdad es que entró de lleno en la senda del mal, y ya en ella le era imposible retroceder.

Primeramente sirvió como simple botones de la organización; luego fué ascendiendo poco a poco y le dieron un lugar de mayor confianza hasta que finalmente no tuvo más remedio que agarrar una pistola y matar porque así se lo habían ordenado.

David no tenía la más remota idea de que su hermano siguiera aquella vida tan opuesta a la de él. Estaba firmemente creído de que, como le había escrito algunas veces, que se hallaba en una lejana población gozando de los beneficios de un modesto negocio, y ahora por una ironía del Destino el policía había muerto a su hermano.

Un tropel de ideas acudieron a la mente de David que hubiera deseado hacer lo posible para que aquello quedara en la ignorancia, pero iba a ser algo difícil porque sus

compañeros conocerían inmediatamente al herido.

Una vez hubo abandonado a su hermano, David pensó en lo que le había prometido; aquello debía permanecer toda la vida como un secreto y pensaba no contarlo siquiera a su prometida. Así es que aquella noche cuando fué a casa de Diana, lo hizo en un estado de ánimo fácil de adivinar. Moralmente estaba deshecho, y cuando ella le preguntó qué tenía contestó:

—Nada, estoy triste porque he matado a uno de los que han asaltado el Banco Internacional.

—¿Y por eso te entristeces?... ¡Cuántas veces te ha ocurrido lo mismo y, sin embargo, no has pensado en ello!—exclamó Diana extrañada.

—Sí, es verdad, pero no sé... hoy no tenía el ánimo para estas cosas y me he afectado—disculpóse David.

—¡Bah! ¡No pienses más en ello!—aconsejó Diana—. ¡Piensa sólo en lo felices que vamos a ser!

—¡Sí, Diana, sí, espero que lo seremos!

Pero la felicidad es algo quimérico, algo que soñamos todos sin que nunca la logremos completa. Siempre falta alguna cosa para ser feliz del todo, cuando alcanzamos lo que creemos constituye nuestra

felicidad, entonces surge de improviso algo que nos arrebató la primera ilusión de dicha, y esto es lo que iba a ocurrir a David.

El inspector Sullivan acababa de llegar a su casa con aire muy preocupado, bajó las escalinatas que conducían al salón donde estaba su hija y David, y después de desearles buenas noches dijo a David:

—Necesitaría hablar contigo.

—Cuando usted quiera—contestó aquél.

—Presumo que no me interesan vuestras conversaciones—dijo Diana riendo—; no vais a hablar de mí, que es lo único que puede interesarme, por lo tanto, con vuestro permiso me retiro.

Los dos hombres quedáronse por un momento viendo cómo desaparecía la bella persona de Diana, a la que querían con toda su alma, luego se sentaron y Sullivan, por toda explicación le alargó un periódico de la noche.

David lo cogió lleno de curiosidad y palideció de pronto. En caracteres de letra bastante gruesos había un artículo que decía:

«EN EL DIA DE ANUNCIAR SUS ESPONSALES EL TENIENTE BURN CON LA HIJA DEL INSPECTOR SULLIVAN, EL HERMANO DEL POLICIA ASALTA UN BANCO»

Luego el periódico se extendía en consideraciones más o menos inverosímiles, descubriendo lo que con tanto afán ocultaba David.

Cuando terminó de leer la fatal noticia bajó la cabeza anonadado.

—¿Es cierto lo que dice el periódico?—le preguntó Sullivan.

—Sí... es cierto—afirmó David.

Hubo un momento de silencio embarazoso por parte de los dos, silencio que fué roto por Sullivan, que preguntó de nuevo:

—Y... ¿qué piensas hacer?

—No le comprendo... ¿qué quere decir?—preguntó a su vez David.

—Supongo que romperás con Diana—aclará Sullivan.

Aquello no lo esperaba David, no comprendía por qué debía romper con su prometida por una cosa como aquella y dijo:

—Pero... ¿por qué debo romper con ella?

—Comprenderás, David, aunque me sea doloroso decírtelo, que mi hija no puede unirse con el hermano de un criminal.

—¡Yo no tengo la culpa de lo que puede hacer mi familia!—exclamó David.

—Directamente no, pero hazte cargo de que han manchado tu nombre—le reconvino Sullivan.

—¡Es inútil todo cuanto me di-

ga! ¡Quiero a Diana y me casaré con ella!—afirmó ya molesto David.

—¡Eso no sucederá mientras yo viva!—gritó con poderosa voz el inspector.

—¡Ella me quiere y es mayor de edad! ¡Me casaré en contra de todos!—exultó David, cada vez más exasperado.

—¡Tú no harás eso! ¡Te lo prohíbo! ¡Es mi hija, nunca me he opuesto a ningún capricho suyo, pero a este casamiento me opongo con toda mi alma!—vociferó Sullivan.

—¡Ya lo veremos!—exclamó David.

La discusión al subir de tono llegó hasta los oídos de Diana, que no podía comprender el por qué aquellas voces entre dos hombres que tanto se avenían y creyendo que, como siempre, la culpa sería por los malditos bandidos, fué al encuentro de ambos, dispuesta a poner paz. La vista de Diana aplacó por un momento los ánimos de Sullivan y David, que habiéndosele ocurrido una idea dijo:

—¿Por qué no dejamos que decida ella?

Estaba seguro de que Diana le amaba con toda su alma y que por que su hermano hubiera sido un cri-

minal no iba a romper su compromiso.

Cuando Diana llegó ante su novio preguntó:

—¿Se puede saber qué pasa?

David no dijo nada, pero le alargó el periódico para que lo leyera, mientras con un ansia devoradora espiaba los menores gestos de su amada. También Sullivan esperaba impaciente la decisión de su hija y pronto se tranquilizó al ver que ésta se cubría de una palidez mortal y el periódico caía a sus pies.

* Toda palabra resultaba inútil, los gestos habrían dicho más que todas las frases.

David podía considerarse libre, por cuyo motivo salió dando un fuerte portazo que hizo volver a la realidad a Diana, que si bien de momento fué impresionada desfavorablemente por la noticia, luego recapacitó y miró a su padre como pidiéndole un consejo.

Sullivan lo comprendió así y le dijo:

—Ya ves, hija mía, no puedes unirte al hermano de un criminal.

—Pero él no es responsable de lo que ha hecho su hermano—protestó Diana.

—Sí, es verdad, pero no puede ser este matrimonio. Ya sabes que jamás me he opuesto a nada que se refiriera a tu felicidad, pero esto

constituiría un escándalo que daría fin a mi destino cuando el gobernador se enterara.

Esta lógica fué lo que más pudo en Diana. Quería a David y se hubiera sacrificado, pero también amaba a su padre y no quería que por su culpa perdiera un prestigio elaborado después de muchas luchas y sinsabores.

Tristemente reconoció que su padre tenía un punto de razón y no hizo ninguna objeción. Sullivan temió que aquel golpe pudiera enfermar a la muchacha y le dijo:

—Podrías irte una temporada afuera, a distraerte. Cuando vuelvas habrás olvidado todo esto, ¿por qué no te vas mañana?

—Es igual, papá—contestó Diana...

De pronto se acordó de alguien que también la quería, de una persona que consideraba noble y que tal vez podría darle un consejo. A lo mejor su padre estaba ofuscado y sin querer iba a labrar su desdicha. Esta persona en cuestión era Grant, siempre le había demostrado un gran afecto y Diana confiaba en que su privilegiada inteligencia le sacaría de aquella lucha entre el amor de su prometido y el amor de su padre.

Entusiasmada con aquella idea le dijo a su padre:

—Voy a ver a Grant, tal vez él me dé una orientación.

—¿A estas horas vas a salir?—le preguntó extrañado Sullivan.

—Sí, no veo por qué no debo salir. Además pienso, papá, que David no es malo—insistió Diana.

—Todo esto está muy bien, pero... por qué no te confesó ¿lo ocurrió?

—No sé, quizás porque temía que llegara esta escena. Ya sabes lo mucho que te quiere, mejor dicho, que nos quiere—declaró Diana dispuesta a que su padre variara de opinión.

Pero Sullivan, terco en su idea, le contestó:

—Haz lo que quieras, de todas formas mi sentencia ya está dada.

UN CONSEJO Y UN PLAN

Poco conocía al inspector Sullivan el amor verdadero. Metido siempre entre delincuentes, no podía decirse que su corazón hubiera endurecido, pero, sin embargo, tenía un concepto del deber si no equivocado, por lo menos demasiado elevado.

Para él, todo lo que no fuera la renunciación absoluta de todo lo que se interpusiera al deber era superfluo y por lo mismo no hubiera dudado en sacrificar su propia vida. La única persona que en algunas ocasiones le apartó algo de su misión era su hija, a la que veía una continuación de su esposa que, joven todavía, había dejado de existir.

El inspector Sullivan deseó en un tiempo con todo corazón que su

hija se uniera con Grant. El famoso criminalista, a más de poseer un nombre, gozaba en el concepto de Sullivan la encarnación de la nobleza y la caballerosidad y este concepto se le aferró más todavía al ver con que espíritu de sacrificio había renunciado al amor de Diana.

Temía que Grant aconsejara mal a Diana y le pesaba haberla dejado ir, pero se tranquilizó al pensar que tal vez al ver la plaza libre intentaría el asedio.

Diane se vistió apresuradamente y a los pocos minutos subía las escaleras de la casa de Grant.

Este al verla no manifestó ninguna sorpresa, le besó delicadamente la mano y sencillamente le dijo:

—La esperaba.

—¿Me esperaba usted? — preguntó Diana sorprendida.

—Sí, vea usted misma. He preparado dos copas para que cuando llegara pudiera apagar la sed; pero siéntese, haga el favor.

Diana obedeció, admirando todavía más al famoso Grant, que hablaba tan seguro de sí mismo. Luego llevó a sus labios la copa que él le ofrecía y después de apurar su contenido dijo:

—Supongo que también sabrá o adivinará a lo que vengo.

Grant se sonrió porque estaba convencido también del asunto que había llevado a Diana a su casa, de forma que le dijo:

—Sí, creo que habrá usted roto con David. ¿me equivoco?

—No—negó Diana—, es verdad. Papá dice que no puedo unirme al hermano de un criminal; pero yo digo, ¿debe pagar David lo que ha hecho su hermano?

—No, David no tiene por qué abochomarse por lo de su hermano. Son dos polos opuestos, uno delincuente, el otro justiciero—aclaró Grant.

—Así cree usted que...

—Yo en su lugar no rechazaría a David—aconsejó Grant.

—¡Oh! ¡qué feliz me hace! He llegado llena de preocupaciones y

sombrosos pensamientos y usted en un instante me ha convencido. Ahora procuraré convencer a papá y... esto es más difícil—confesó Diana.

Grant la miraba embelesado, en su profundo amor por Diana; se advertía que en aquellos momentos sostenía una gran lucha interna, pero para disimular dijo:

—Ya sabe que su felicidad me interesa más que la mía propia. No ignora que yo también la quiero, y por eso mismo admiro al hombre que ha logrado hacerse amar por usted; y admiró también a usted porque si ahora que sólo son prometidos se arriesga a salir de su casa a estas horas para pedir consejo a un amigo, no quiero pensar los sacrificios que llegaría usted a hacer el día que fueran casados y él la necesitara.

Desde lo más profundo de su ser agradeció Diana aquellas palabras, que eran fiel reflejo de lo que sentía su alma enamorada; pero todavía tuvo una pequeña duda que quiso aclarar preguntando:

—¿Y por qué no me confesó David la verdad? ¿Tenía que llegar el rompimiento?

—Diana, los hombres siempre engañamos y muchas veces recurrimos al engaño por amor.

Cuando terminó de hablar que-

dó un momento pensando en lo que había dicho. Sí, era una verdad. El hombre con frecuencia echa mano de la mentira para lograr el amor de una mujer, los unos fingense ricos, otros pobres, unos buenos, otros malos y así en cada caso la estrategia varía.

Grant estaba predicando algo que él mismo hacía. Sintiéndose admirado por Diana, con su habitual sencillez se hizo todavía más interesante a sus ojos, esperando que Sullivan pondría el grito en el cielo y no consentiría jamás aquella boda. Entonces él podía, con toda tranquilidad,

cortejar a Diana con probabilidades de éxito.

Diana, sin embargo, estaba muy lejos de suponer la astucia amorosa de Grant y se marchó convencida de que había hablado con un hombre excepcional. Estaba contenta de haber resuelto con tanta facilidad aquel problema sentimental, que dejaba de ser problema. No tenía más que ir en busca de David y echarse en sus brazos; claro que todavía debía vencer la resistencia de Sullivan; pero estaba segura de que lo lograría. ¡Había hecho tantas veces su capricho!

UNA DISCUSION Y UN CRIMEN

DAVID cuando dejó a Sullivan se había marchado en un estado de ánimo fácil de comprender. No ya por la negativa del inspector, sino por la actitud de Diana. Primero pensó que nunca le había amado y que el primer contratiempo que hallaban había sido suficiente para deshechar de su corazón aquel cariño que decía sentir hacia él. Sólo con sus pensamientos, deambuló por las calles de la ciudad procurando asociar una idea que reivindicara a Diana ante sus ojos. Todo enamorado al principio duda de la sinceridad de la mujer, cuando ocurre algún contratiempo, pero luego con ese afán de disculpar halla el razonamiento más o menos lógico a fin de perdonar y volver a empe-

zar de nuevo y esto es lo que buscaba precisamente David. Por un lado pensaba que Diana estaba imbuida en aquellos falsos prejuicios de su padre y que esto le había llevado a la duda; luego pensó que Diana habría recapacitado y lo esperaría dispuesta a hacer las paces y volver al amor.

Firmemente persuadido, volvió al despacho del inspector y éste lo recibió como si la discusión pasada no hubiera existido.

—¿Qué hay, David?—preguntó.

—Quería ver a Diana—respondió aquél—. ¡Tengo tantas cosas que decirle!

—Creo que querrás justificar tu mentira...—expuso Sullivan.

—Sí, y además quiero pedirle perdón y espero que nos dará el con-

sentimiento para la boda—insistió David, que ante la posición aceptada por Sullivan le hacía concebir felices esperanzas, las cuales se desvanecieron al oír que aquél le decía:

—Mira, David; esto tienes que olvidarlo. Ya sabes las poderosas razones que me asisten para obrar en la forma que lo hago.

Nuevamente David sintió que el coraje le cegaba y exclamó:

—Al fin y al cabo lo que ha hecho mi hermano es disculpable.

—¿Habrías así si se tratara de otro hombre?—le preguntó Sullivan.

Tenía razón el policía, David disculpaba a su hermano, pero tenía la certeza de que a otro que nada hubiera tenido que ver con él, ni tan sólo se hubiera preocupado por si lo había matado o había robado, pero firme en sus razonamientos contestó:

—¿Lo hubiera perdonado igual!

—Dices lo que no crees—dijo Sullivan.

—Además, mi hermano está muerto!—protestó David.

—Es lo mismo y es mejor que así haya sido, pues de lo contrario habrías tenido el sufrimiento de verlo en la silla eléctrica—razonó el inspector.

—¿Así quiere decir que he de desistir de casarme con Diana?—volvió

a inquirir obsesionado por aquella idea David.

—Sí, no tienes más remedio. ¡Mientras yo viva, me opondré a vuestro casamiento!

—¿Pero Diana es mayor de edad y nos casaremos!—vociferó David.

—¡Eso no lo harás!—bramó a su vez Sullivan.

—¡Lo veremos!—amenazó David.

La discusión, que iba tomando caracteres alarmantes, fué cortada por la entrada de Diana, que sin hacer caso de la escena que acababa de presenciar, estrechó la mano de David, diciendo:

—No discutáis más. Vengo de ver a Grant y me ha convencido.

—¿Has ido a casa de Grant?—preguntó David extrañado.

—Sí, ¿qué tiene de mal eso?—inquirió Diana; y luego, dirigiéndose a su padre le rogó:

—Papá, depón tu actitud. Grant me ha hecho ver que estaba ofuscada. David nada tiene que ver con su hermano.

—¡No me pidas imposibles, Diana!—exclamó Sullivan.

El reloj marcaba las doce menos diez. Se acercaba la hora para la conferencia de Grant y éste, puntual como siempre, entró en el despacho oyendo las últimas palabras de Sullivan.

Siempre con la sonrisa a flor de labio avanzó y quedóse mirando al inspector, que por primera vez en la vida le devolvía la mirada con cierta acritud a la vez que le preguntaba:

—¿Usted ha aconsejado a Diana?

—Sí, y muy bien por cierto— contestó aquél, y luego, dirigiéndose a David le dijo:

—Puede estar usted satisfecho, tiene una novia que le adora. No quiera saber lo que le he dicho; desde luego bueno.

David lo miró agradecido y le tendió la mano que el criminalista estrechó y dijo a Sullivan:

—Créame, no piense en esas cosas, al fin y al cabo dentro de unos días ya nadie se acordará de este asunto.

—Sí, pero mientras—explicó Sullivan—, el Gobernador me destituirá y eso no quiero que suceda, y ahora vamos que es la hora de su conferencia, Grant.

David enlazó con su brazo a Diana y marcharon hacia la sala donde Grant debía una vez más confirmar sus dotes de experto. Este acompañó a la pareja mientras que Sullivan le decía a su secretaria:

—Es tarde ya, debes marcharte.

—Preferiría asistir a la conferencia. Además podré estar más rato...

—Bien—le atajó Sullivan, que por

todos los medios quería evitar escenas amorosas. Tomó una nueva discusión con Mary y que el escándalo que a toda costa quería alejar por un lado se le presentara por otro en proporciones más grandes.

Así es que esperó a que la muchacha hubiera guardado todos los papeles que tenía sobre la mesa y mientras en la sala, donde ya estaban reunidos los mejores sabuesos de la policía, hacían su aparición David, Diana y Grant, que cogieron asiento frente al lugar donde debían aparecer los criminales para ser identificados por Grant. El criminalista parecía satisfecho por el giro que habían tomado los amores de la pareja y para que estuvieran todavía más tranquilos les dijo:

—No se preocupen, que de la misma forma que he convencido a Diana, lograré convencer a Sullivan. El hombre, aunque terco, no dejará de escucharme y darme la razón.

—Muchas gracias, Grant—dijo David riendo.

De nuevo se consideraba feliz y rogaba con toda su alma para que aquella nubecilla que por un momento había empañado sus amores desapareciera para siempre.

Antes de extendernos en otros relatos es preciso saber lo que ocurría mientras por la sala entre los policías que aquella misma mañana

habían sido amonestados por el inspector. Con toda claridad se podrían leer en aquellos rostros signos inequívocos de un malestar creciente.

—Se cree que toda la vida continuará de jefe de policía. ¿Está equivocado?—murmuraba uno por lo bajo.

—A mí me ha dicho que me retire de la política—dijo otro.

—Si no fuera por ella todavía estaría recogiendo papeles—le contestó su compañero.

—Sé que le han amenazado de muerte y cualquier día lo va a pasar mal—sugería el de más allá.

—Daría cualquier cosa por asistir a su entierro—manifestaba otro.

—Pues a mí no me trata tan mal. Es verdad que tiene su genio, pero en el fondo es bueno—apoyaba el que había abandonado el servicio para ver a la novia.

—Sí, sí, muy bueno, pero nos priva de ganarnos la vida—le contestaban.

No obstante, había una persona que nada decía y que sin embargo sentía mucho más odio que todos aquellos hombres juntos. Mary, que también estaba presente, se había sentado precisamente detrás de la butaca que tenía que ocupar Sullivan y sus ojos decían mucho más

de lo que hubiera podido decir su boca. Con las manos cruzadas sobre el pecho, se complacía en recordar lo que había sucedido desde su entrada en el cuerpo y luego la especie de locura de que estaba poseída su hija por el inspector que a toda costa quería desprenderse de un compromiso que ella estaba dispuesta a que prevaleciera, aunque para ello tuviera que recurrir a la violencia.

Estaba bien probado de que allí no había una sola persona que quisiera a Sullivan y si alguno todavía sentía alguna simpatía por él, no le hubiera importado gran cosa que hubiera desaparecido del mundo de los vivos. Como muchos mortales, sólo tenía el concepto del dinero, y con tal de lograr una posición, aunque ésta hubiera sido creada al margen de la ley, no les importaba lo más mínimo y por este motivo sentían aquella aversión hacia el inspector Sullivan, que en todo caso sacrificaba sus intereses antes de posponerlos ante la ley y el deber.

La policía tenía el deber de guardar el orden y jugarse la vida si era necesario y ninguno de aquellos hombres estaba decidido a ser víctima de un tiro de los gangsters por el sueldo que perciben. Para ellos no había más satisfacción que el dinero; todo lo demás era filfa.

Los murmullos que había en la sala se acallaron ante la entrada del inspector Sullivan, acompañado de su secretaria. Todos los ojos se dirigieron hacia él, que a pesar de todo tenía una supremacía sobre todos sus subordinados, los cuales no eran capaces de decirle todo lo que sentían cara a cara.

También Mary fijó su vista en el inspector y si las miradas mataran, el inspector Sullivan hubiera caído allí mismo.

Tomaron asiento en las butacas vacías, en el siguiente orden: primero Sullivan, luego Grant, David, Diana y la secretaria. Como ya queda dicho, detrás del inspector se hallaba Mary.

Después que todos estaban ya en sus sitios, el inspector dijo al capitán Phillips:

—Capitán, haga el favor de presentar al señor Grant.

—Con mucho gusto—accedió el capitán Phillips.

Apagáronse las luces de la sala, quedando sólo iluminado el refectorio por donde tenían que aparecer los delincuentes. Un silencio absoluto precedió a la presentación del criminalista y el capitán Phillips, hombre avezado en aquellas cosas, se levantó dirigiéndose a su auditorio:

—Señoritas... señores... tenemos

ante nosotros al celeberrimo criminalista Grant. Como todos ustedes saben, en varios de sus libros ha hecho toda clase de estudios para reconocer casi con los ojos cerrados, las diversas especies de delincuentes. No es fácil el cometido porque existen individuos capaces de engañar al policía más ducho en la materia; otros, sin embargo, parecen seres nacidos para el crimen y no obstante son excelentes personas, por cuyo motivo el estudio de estos tipos ha de ser una cosa metódica y razonable para no caer en falso, como ha ocurrido muchas veces.

El capitán Phillips terminó su peroración y señalando al criminalista dijo:

—Señores... tengo, pues, el placer de presentarles al señor Grant.

Aunque todo el mundo conocía al mencionado criminalista, una salva de aplausos acogió las palabras del capitán Phillips, si bien algunos de aquellos aplausos eran únicamente para cubrir las apariencias, ya que a los descontentos no les placía mucho la amistad que reinaba entre él y el inspector Sullivan.

Levantóse de su asiento Grant, dispuesto a clasificar los personajes que le presentaran, pero antes quiso disculparse diciendo:

—Aquí, el capitán Phillips está

convencido de que mis teorías no pueden fracasar. No obstante, yo digo que es muy diferente crear tipos imaginarios para clasificarlos a que los tipos sean reales; haré, pues, lo posible para no defraudar a ustedes y al capitán Philips.

Insensiblemente el interés se iba apoderando del auditorio y aunque muchos hubieran deseado un rotundo fracaso, otros, sin embargo, estaban convencidos de que Grant como siempre, acertaría en sus pronósticos.

El capitán Philips, un poco separado de él, tenía las fichas de referencia de los delinquentes que iban a aparecer, para una vez que Grant hubiera hecho su exposición él leería la ficha, para concordar datos.

El reloj del refeitorio acababa de dar las doce y por un momento parecía que todos los presentes habían olvidado sus rencillas y preocupaciones para no fijarse más que en lo que iba a suceder.

Pronto penetró en el lugar de estudio un hombre cuyas facciones denotaban claramente que se trataba de un hombre delincuente poco común. Su mirada torva y dura inspiraba miedo. Miró a los que tenía enfrente con curiosidad y desprecio.

Grant lo inspeccionó y manifestó: —Esta clase de criminal es de lo

peor que existe. Su mirada y facciones denotan brutalidad, son peligrosísimos y hasta diría que tiene las facultades mentales perturbadas.

El capitán Philips miró la ficha y leyó en alta voz:

—Fue recluso por criminal, cometió un doble asesinato después de haber estado encerrado en un manicomio por espacio de varios años.

Una vez más Grant no se había equivocado. Sonaron aplausos y el criminal intentó abalanzarse sobre Grant, que sin hacerle caso prosiguió:

—Su acción demuestra a las claras que su cerebro no funciona bien.

Desapareció aquel tipo y entró otro completamente distinto al anterior. Bien trajado, su semblante era el de una persona incapaz de matar un mosquito. No obstante, en su boca tenía estereotipada la sonrisa del hombre cínico.

Grant lo observó detenidamente y dijo a la concurrencia:

—He aquí a un hombre que puede engañarnos sin grandes dificultades. Su porte de hombre de bien, su elegancia y la personalidad que hay en él demuestran que es un gangster perfeccionado en los robos del gran mundo.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE



—No le dude, desde hace mucho tiempo que tengo la vista encima del uniforme que lleva Ud. puesto.

—Tú eres un buen muchacho y llegarás a ser algo.



—Aquí no hay más que una solución, casarse con mi hija, y pobre de Ud. si no lo hace!



—¡Mamá sospecha!

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE



—Esta clase de criminal
es lo peor que existe.

—Sí, Diana, espero que
lo seremos.



—No hay nada que hacer, he muerto instantáneamente.



—Papá, depón tu actitud.



—Tenía, U.I. razón, la
aguja aquella estaba fuerte-
mente envenenada.

No pudo terminar la fra-
se, porque como herido por
un rayo cayó al suelo.



- El criminal ha sido víctima de su propia obra.



- Diana, este hombre que tiene a sus pies es el criminal.



La emoción recibida fue demasiado fuerte para ella y se desmayó.



-Pero ¿qué motivo ha tenido para hacer eso?



-Perdóname, todo lo
hacía por amor..



-Amigo, le ha salido
mal el truco.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE

El delincuente lo miraba sin hacerle mucho caso, aunque en el fondo conocía que el criminalista tenía razón de sobras. Aquel individuo en muchas ocasiones se había visto en casos semejantes, y nunca había perdido la esperanza de que sus cómplices le devolvieran la libertad privada y por eso aquel día tampoco denotó sorpresa, úni-

camente indiferencia emanaba de su rostro.

El capitán Philips, con la ficha en la mano, leyó:

—Fue detenido en un casino de la alta sociedad. Peligroso y detenido muchas veces.

Retiróse el examinado, erizando antes una sonrisa de desprecio a Grant y al capitán Philips, que no le hicieron el menor caso.

UNA SESION INTERESANTE

Así de esta forma fueron sucediéndose las presentaciones y exámenes de Grant, sin que errara ni uno. Todos estaban absortos y muchos se preguntaban cómo era posible que con una mirada tan rápida pudiera darse cuenta y lo que es más leer el fondo de aquellos seres que tan bien sabían ocultar ante la justicia los más reconditos pensamientos. Ante el juez era casi imposible arrancarles una palabra que les hiciera declarar y sólo después de algunos castigos revelaban el crimen cometido y sin embargo Grant, con su fugaz mirada, tenía suficiente para saber a ciencia cierta lo que era el delincuente.

Por ese motivo, los gangsters que iban a parar a sus manos temblaban y no podían negar su delito, aunque estos éxitos eran tal vez debidos a la supremacía que advertían en el criminalista y esto mismo les obligaba a considerarse inferiores y sin ningún escrúpulo cantaban de plano.

Esta superioridad entre la gente del hampa le había valido una serie de amenazas, que si bien nunca habíanse cumplido, hacía temer que el día menos pensado se manifestasen y entonces la policía perdería una gran auxiliar. Al principio, Grant no dió ninguna importancia a los anónimos, pero éstos se hicieron tan frecuentes que el mismo Sullivan quiso tomar cartas en el

asunto e hizo ver que el famoso criminalista se había ausentado y que no regresaría hasta pasado algún tiempo. Para dar mayor veracidad, en su domicilio ostentaba un rótulo de doctor, y si bien de momento los gangsters no creyeron en aquella uasencia, no tuvieron más remedio que darla por cierta al ver que en todos los casos que se sucedían no tomaba cartas el temido criminalista.

Esto, claro está, tuvo muchos inconvenientes, pues Grant no podía salir de su domicilio durante el día, para no verse expuesto a los ojos de los que espían constantemente y si alguien iba a visitarle el criado respondía siempre que a aquel señor no lo conocía, que allí vivía un doctor de alguna edad y que estaba en una casa de campo situada en las afueras, continuando sus estudios de botánica.

Al pasar el tiempo, todos aquellos subterfugios y precauciones se fueron olvidando, hasta que los gangsters no se acordaron ya del nombre de Grant y dejaron tranquila la casa del doctor. Con la marcha del enemigo podían considerarse libres y actuar sin ningún temor, pero el desencanto era grande si alguno de la cuadrilla caía en manos de la policía porque entonces muy secretamente se veía cara a cara

con Grant y ante la estupefacción y extrañeza de sus compinches no salía de la cárcel si no era para la silla eléctrica.

De todas formas pocos eran los que tenían la desgracia de verse arrestados, pues ya hemos visto que muchos policías estaban sobornados y el dinero, que es el mayor enemigo de la humanidad, hacia el milagro de torcer la balanza de la justicia y los gangsters no lo escatimaban, de forma que cuando la justicia entraba en una sala de juego, con palabras muy corteses uno o varios individuos alargaban la mano al policía como si fuera a saludarlo y le dejaba un puñado de billetes que oscurecía por completo la razón del representante de la ley y se marchaba dispuesto a explotar la mina hallada. Poco a poco este procedimiento fué cundiendo entre los compañeros del cuerpo, y por esta causa el inspector Sullivan estaba de mal humor y hacía esfuerzos incommensurables para terminar de una vez para siempre con aquel estado de cosas que no permitía al ciudadano honrado pasear tranquilamente por la calle.

Hecha esta pequeña explicación, volveremos al lado de Grant, que con su acierto inigualable iba, digamos retratando, el estado moral de aquellos desgraciados.

Ahora le tocaba el turno a una bella muchacha, que no tenía cara de criminal ni mucho menos de co-cainómana.

Grant la miró detenidamente y luego volvió a mirarla con extrañeza, pues no podía averiguar por qué una criatura tan angelical como aquella tenía que verse entre rejas. Por fin, ante la extrañeza de su auditorio, exclamó:

—¡He ahí a un mujer que yo no dudaría en invitar a cenar sin temor a ser asesinado!

—¡Pues invíteme!—contestó la desconocida.

Fuertes risas se oyeron en toda la sala y el capitán Philips abrió la puerta del refectorio y cogiendo de la mano a la muchacha se la presentó a Grant diciéndole:

—Señor Grant, tengo el gusto de presentarle a mi hija.

Se oyeron otra vez las mismas risas, muchas de verdadera satisfacción al ver que el capitán Philips no había conseguido engañar al criminalista.

Se dio por terminada la sesión, pues la noche estaba ya algo avanzada.

Los presentes se levantaron de sus sillas, estrechando la mano de Grant, que por doquier oía elogios

de su brillantísima labor, y los que más le elogiaban eran Diana y David, que estaban verdaderamente entusiasmados.

Grant, en pago de los muchos comentarios que le hizo David, le regaló un hermoso cigarro puro, cosa que en aquel momento no tenía la más pequeña importancia, y David se lo guardó en el bolsillo porque en aquel momento estaba fumando.

Como hemos dicho, todos se habían levantado, todos menos el inspector Sullivan, que continuaba en su asiento dormido profundamente.

Diana lo observó y dijo a Grant, burlándose:

—Me parece que papá no ha hallado muy interesante su conferencia.

—Es posible—contestó aquel—. Es mucho el trabajo que tiene, y ahora, que ya es tarde, se ha dormido.

—Voy a despertarlo — indicó Diana.

Mientras ella iba en busca de su padre, los demás volvieron al tema de la conferencia, hasta que unos gritos desgarradores les hicieron volver.

Los gritos provenían de Diana, que abrazada a su padre lo llamaba sin cesar, pero el inspector Sullivan no contestaba.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE

Acercóse Grant y examinó con detenimiento al policía, mientras que Diana gritaba:

—¡Papá! ¡Papá, escúchame!

Pero era todo en vano, Sullivan estaba muerto como comprobó Grant. La muerte aparecía natural, ningún indicio había que pudiera justificar una muerte violenta, y el criminalista mismo cogiendo a Diana le dijo:

—No hay nada que hacer, ha muerto instantáneamente.

Diana no pudo resistir tantas emociones y cayó desvanecida en los brazos de David, que se hallaba a su lado, y que emocionadamente la condujo hacia un sillón. Allí, angustioso y con un horrible presentimiento la hizo volver en sí, preguntándole al ver que abría los ojos:

—¿Te encuentras mejor?

—Sí... gracias—contestó Diana.

Todavía estaba el cuerpo del infortunado inspector en la misma postura y sobre su muerte se hacían muchas conjeturas. Hasta que, por fin, Grant quiso poner término a aquella situación y dijo a uno de los policías:

—Vaya a llamar al doctor, pronto.

Diana estaba anonadada, no podía dar crédito a lo sucedido.

¡Hacia tan pocas horas, tan pocos instantes que su padre vivía!...

También David estaba profundamente emocionado y se resistía a creer que aquella muerte fuera natural, había algo interior que le decía que Sullivan había sido asesinado, pero todo fue tan imprevisto que de momento no podía hacer conjeturas.

Cuando apareció el médico del penal examinó al difunto y dijo:

—Ha muerto de congestión en el corazón.

—No lo creo, el inspector Sullivan gozaba de perfecta salud. Precisamente esta mañana estaba yo en el despacho cuando el doctor que le acostumbra a visitar le ha dicho que tenía el corazón normal.

—Entonces... — el médico no terminó la frase, porque también él temía algo anormal.

Fue Grant que siempre a punto en todo sugirió:

—¿No podía haber sido asesinado?

—¿Asesinado?—preguntó Diana, extrañada.

—Sí, no le extraña, Sullivan tenía muchos enemigos, estaba rodeado de ellos y no sería muy difícil que alguien le hubiera matado.

—Pero... señor Grant, es impo-

sible, en su cuerpo no se ve la más pequeña gota de sangre — indicó el médico.

—Es posible, sin embargo, pudieron envenenarlo, y para eso no hace falta sangre.

No hay que dudar que el misterio se iba agrandando y de que lo que parecía una cosa sencilla iba a complicarse mucho.

El doctor no tuvo más remedio que asentir a lo que dijo el criminalista, pero todavía hizo una objeción, que era muy acertada. Si, como se suponía, el inspector Sullivan había sido envenenado, alguien muy allegado a él en un momento de descuido debía haberle puesto el veneno en un vaso de agua o en otro lugar, y si esto había sido así, era raro por demás, ya que Sullivan durante todo el día no dio el menor síntoma de malestar, al contrario estuvo dinámico y enérgico durante todo el día.

Estas suposiciones del doctor parecieron molestar algo a Grant, a quien por vez primera se le discutía una cosa, pero finalmente pareció haber hallado el enigma, porque sus ojos adquirieron un brillo inusitado y dijo al doctor:

—Recuerdo que una vez me hallé ante un caso parecido. Los sín-

tomas de muerte eran normales y, sin embargo, al desnudar al cadáver se le encontró un pequeño punto en la espalda. Aquella señal correspondía a una aguja envenenada que le fué lanzada de cierta distancia por medio de un tubo.

Todos los presentes se miraron unos a otros. Daban ya cierta la suposición de Grant y mentalmente se acusaban, aunque, a decir verdad, nadie era capaz de levantar una categórica y afirmante acusación.

Grant estaba muy preocupado y dispuesto a solucionar el enigma, dió órdenes para que despojaran al inspector Sullivan de su guerrera. Así lo hicieron y, en efecto, a la altura del corazón y por la espalda tenía una aguja clavada. Sin ningún género de duda podía afirmarse que había sido lanzada desde lejos por lo fuertemente clavada que estaba en la carne. Alguien la fué a sacar con los dedos y Grant exclamó:

—¡No la toquen! Puede estar envenenada totalmente y entonces al más ligero pinchazo originaría la muerte. Lo mejor que puede hacer el doctor es llevarse el cadáver y extraerle la aguja; luego verá si puede averiguar qué clase de veneno contiene y seguramente que dará con el culpable.

UNA EXPLICACION Y OTRA VICTIMA

COMO ya se sabe, habían muchas personas interesadas en la muerte del inspector Sullivan, entre ellas Mary, la inspectora que había amenazado al seductor de su hija si no se casaba con ella; por otra parte, había muchos policías que tenían un odio feroz al representante de la Ley, y tal vez había otra persona que deseaba su muerte por diversas razones, aunque de momento aquella persona no aparecía ante los ojos de David, que sin cesar hacía toda clase de suposiciones sobre quién podía ser el presunto criminal.

La hija de Mary estaba también aturdida al saber que Sullivan se había muerto y que además había

sido asesinado; se abrazó al cadáver llorando amargamente. Esta acción fué vista por su madre que, sin disimular su contento, separó a su hija y le dijo brutalmente:

—¡No vale la pena de llorarlo!

—¡Tú le odiabas! ¡Tú lo has matado! —exclamó la hija en un arranque de dolor.

Estas palabras fueron recogidas por Grant y por David; para el primero con casi absoluta indiferencia, en cambio para el segundo fueron casi una revelación. Sin embargo David suponía que si era cierto que Mary había cometido el crimen, no iba a revelarlo con tanta serenidad, máxime estando acostumbrada a oír coartadas y subter-

fugios de los criminales que a diario pasaban por allí.

Mary no estaba afectada ni mucho menos, al contrario, aparecía tranquila con los brazos cruzados, aunque tampoco demostraba indiferencia, pues sus ojos daban a entender claramente el contento que sentía ante la muerte del inspector.

Grant estuvo largo rato pensando y los policías asistentes al drama, en vista de que nada se les decía, optaron por irse. Aquella acción sacó de su mutismo a Grant que, volviéndose hacia ellos, exclamó:

—¡Nadie se mueva! ¡El inspector Sullivan ha sido asesinado aquí y, por lo mismo, ha de hallarse al autor del crimen!

Todos sin excepción se sentaron con temor. Sabían de antemano que cuando Grant se proponía una cosa la lograba, y aunque pasara la noche estarían allí hasta que el criminalista no se saliera con la suya.

Un silencio impresionante se hizo en el refectorio y fué Grant quien lo rompió diciendo:

—No quiero sospechar de nadie en particular, pero sí de todos en general. Sé que mi buen amigo gozaba de muchas antipatías entre sus subordinados, todo porque quería que se hiciera justicia y se persiguiera al delincuente. El modo de matarlo ha sido bien estudiado, pe-

ro no nuevo. El criminal para salir de aquí sin que nadie se diera cuenta momentáneamente del pinchazo, debía haberle quitado la aguja. Eso prueba de que estaba separado de él y no le ha sido posible hacerlo sin que lo vieran. Para lanzar la aguja no hace falta ningún aparato especial, una boquilla, por ejemplo, puede servir para el hecho...

Ante estas palabras, todos los que allí estaban se metieron las manos en los bolsillos, y los que tenían aquel objeto palidecieron ante el temor de verse acusados y optaron por tirarlo.

Muchos de ellos lamentaban entonces haber hablado mal del inspector Sullivan, pues no cabía la menor duda de que Grant estaría enterado de todo y pediría estrechas explicaciones a las que no sabrían de qué manera responder.

Mientras, Grant, seguro de que sus palabras habían producido el efecto deseado, iba a continuar su peroración:

—Sé que es difícil hallar en estas circunstancias al que ha tenido la vileza de cometer ante la presencia de todos este asesinato; sé también que el que haya sido negará y se habrá desprendido del objeto que le haya servido para alanzar la aguja, pero de todas formas es igual. Al final no tendrá más remedio que

caer. En casos más difíciles me he hallado y, sin embargo, he tenido la fortuna de coger al delincuente.

Insensiblemente el temor entre los presentes se iba haciendo más patente. Grant, que cogía todos los detalles, pudo ver a algunos hombres que mostraban un temblor convulsivo que en vano trataban de disimular fumando o gesticulando.

El único, o mejor dicho, los únicos que aparecían tranquilos eran David y el capitán Philips, que no dejaba traslucir su malhumor ante la suplantación de Grant, pues si era cierto que el criminalista gozaba de la amistad del finado y de que era un hombre muy ducho en la materia, la actuación de Philips hubiera sido muy diferente. Antes de entrar de lleno en descubrir al criminal, hubiera dado parte al gobernador y hubiera fingido no ver que el inspector Sullivan había sido asesinado, porque de la forma que llevaba el asunto hasta entonces, el criminal tenía tiempo de pensar algo que le dejara a cubierto de posibles sospechas, mientras que si se daba por buena la muerte natural, entonces el criminal, con la tranquilidad que producen los hechos que se creen seguros, a la corta o a la larga hubiera sido descubierto. De todas formas, el capitán Philips, para no dar a entender que deseaba

ponerse ante un hombre de la categoría de Grant, creyó oportuno seguir escuchando, y luego, si allí no podía descubrirse el embrollo, hacer lo que creyera conveniente.

Grant, después de sus últimas palabras, estuvo un momento pensando en lo que debía hacer y, por fin, sin ningún género de duda, dijo:

—Para que sepan usted, estoy enterado de quién son las personas que le quieren o, mejor dicho, que querían mal a Sullivan. El no tenía secretos profesionales conmigo, y esto, claro está, facilita mucho mi investigación. Creo, pues, que lo más acertado es que escriban todos en un papel las causas que tenían contra el inspector, advirtiéndoles que el que ponga una cosa diversa será considerado sospechoso. Tampoco estaría mal que escribieran algunas de las frases que han pronunciado agraviando a Sullivan.

Esta salida dejó perplejos a los asistentes, porque no podían adivinar qué idea bullía en la cabeza de Grant. Si como él decía, debían escribir lo que pensaban de Sullivan, serían detenidos todos sin excepción, pero ante el temor de que fuera verdad lo de que estaba al corriente de todos los disgustos del inspector, sacaron lápiz y papel y

dedicáronse a complacer al criminalista.

Durante un buen rato no se oyó en la sala el más pequeño ruido. Grant con sus ojos siempre dispuestos a descubrir cualquier indicio, miraba ora a uno, ora a otro.

David, que nada tenía que alegar en contra del inspector, a pesar de las últimas discusiones acerca de su boda con Diana, continuaba sentado hasta que, cansado sin duda de aquel silencio, se levantó y preguntó a Grant:

—¿Puede saberse qué se propone con esto que está haciendo.

Sonrióse Grant y contestó:

—De momento no tengo plan, pero el criminal ha de estar muy nervioso y con toda seguridad de que no podrá escribir correctamente, a no ser que se trate de un individuo de una sangre fría y de una voluntad férrea para mostrarse tranquilo. Estoy seguro de que con esta prueba descubriré al asesino.

—Lo celebraría — contestó David —. Pero me parece que esta vez fracasa. Fijese en los rostros de todos y verá que están preocupados, pero no hay ninguno que pueda hacer pensar en el delincuente. Usted mismo hace un momento que ha hecho la definición de varias clases de criminales, ¿cómo no halla aho-

ra con un golpe de vista al asesino de Sullivan?

La pregunta era acertada y directa. Sin saber por qué, David empezaba a sospechar algo, pero estaba seguro de que entre los que tenía delante no estaba el asesino. El conocía de sobras a todos los policías, y si bien era verdad que no podían ver a Sullivan, sin embargo eran incapaces de matarlo. La única mala acción de aquellos hombres era el hacer la vista gorda en muchos casos para cobrar unos cuantos dólares, y esto que es lo que quería evitar el inspector, fue lo que le había creado tantos enemigos en el propio cuerpo, que lo que desaban era la destitución de Sullivan.

Ante la pregunta de David, Grant se calló un instante, pero luego contestó.

—Amigo, es muy diferente crear tipos imaginarios y analizarlos, también es diferente ver en el refectorio a varios delincuentes que no tienen porqué esconder sus instintos, pero también es diferente conocer sin datos a una persona que se cree honrada y que hace esfuerzos sobrehumanos para aparecerlo en un momento en que la honradez de tantos está en entredicho.

Conformóse David, aparentemente con la contestación de Grant y volvió a sentarse al ver que todos

habían terminado sus escritos que entregaron a Grant. Este, con verdadera parsimonia, los fué leyendo y llamó:

—¡Teniente Boselli! ¡Usted ha dicho que no le importaría nada pagar unos centavos para la corona del Inspector Sullivan!

—¡Es verdad!—contestó el interpelado—. Pero eso no quiere decir que yo le haya matado. Tenía la manía de que yo no tenía cuidado con la zona que me había sido asignada. Esta mañana me chilló un poco fuerte, pero yo no lo he matado.

—Bien, eso lo veremos luego —contestó a su vez Grant, mientras cogía otro papel.

Le tocaba el turno al que había abandonado el servicio para visitar a su novia.

—¿Por qué dijo usted que Sullivan era un gruñón?

—Tenía razón de decirlo. No hay para que sofocar a un hombre total porque haya dejado unos instantes el servicio... y ahora creo que por decir gruñón a una persona no se le va a considerar ya criminal—contestó el policía sin vacilar.

El nuevo papel que tenía en la mano Grant era del agente que se había comprado una casa y al que le preguntó:

—¿Por qué ha dicho usted que

Sullivan no sería toda la vida inspector de policía?

—Lo dije sin que me imaginara lo que iba a ocurrir. Se metía en todo lo que no le importaba—contestó aquél.

—¿No pudo contestar de dónde provenía el dinero con que se compró cierta casa?

—Sí—respondió aquél—; ya le dije que había muerto mi abuela y me había dejado una pequeña herencia.

Conformóse Grant con la declaración e iba ya a tomar otras medidas, cuando se presentó el doctor. Los que asistían al interrogatorio de Grant, cansados ya de estar tanto tiempo allí dentro, se levantaron, juntándose con Grant y el doctor, el cual dirigiéndose a Grant le dijo:

—Tenía usted razón; la aguja aquella estaba fuertemente envenenada y fué lanzada desde...

No pudo terminar la frase, porque como herido por un rayo, cayó al suelo, ante la estupefacción de todos.

¿De dónde provenía aquella aguja misteriosa que terminaba con la vida de una manera tan fulminante? ¿El asesino estaba entre todos o bien se hallaba escondido en algún sitio? De momento nada podía aclarar aquello y entre todos sacaron al doctor.

Nuevas preocupaciones fueron a albergarse en la mente de David, que al parecer era el único que estaba verdaderamente menos interesado en el descubrimiento de aquellos asesinatos y, si nembargo, la lucha interior que sostenía para aparentar tranquilo, era bien diferente a su semblante.

Con aquella muerte sus sospechas debían dirigirse por otro lado, y mientras sacaban al doctor fué al lado de Diana preguntándole:

—¿De quién sospechas tú?

—No sé... no podría decirte... han ocurrido esas muertes de un modo tan misterioso...

—¿Tenías confianza absoluta en Grant?—volvió a preguntar David.

—Sí—contestó ella—; ¿por qué me lo preguntas? ¿Acaso sospechas de que él...?

—No, no sospecho de él, pero he visto que el capitán Sullivan le miraba de una forma harta elocuente—respondió David.

SE VA DESPEJANDO EL ENIGMA

Diana que por su parte estaba también preocupadísima no sabía qué atinar, pero le parecía completamente absurdo de que su prometido tuviera la más mínima sospecha de Grant. El criminalista siempre había dado pruebas de una amistad muy sincera, y si alguna duda quedaba la desvanecía la acción que hizo de no molestarse lo más mínimo porque ella no hubiera accedido a sus pretensiones amorosas, prefiriendo a David. Se había comportado siempre tan caballerosamente que toda duda acerca de él resultaba un insulto. Diana sintióse un poco resentida por las apreciaciones de David, pero estaba tan triste y tan acongojada que no quiso

llevar la conversación más adelante para no añadir un nuevo disgusto.

David lo comprendió y tampoco quiso decir otra cosa, optando por sentarse y esperar los resultados de las investigaciones de Grant, pero dispuesto a tomar cartas en el asunto, aunque Diana lo tomara a mal y Grant no quisiera.

Lo que sí quiso David hacer constar era que la muerte del doctor había sido producida por ir a explicar desde dónde había sido lanzada la aguja. Seguramente que el criminal temía que acertara y entonces fuera descubierto, por eso y sin duda alguna no dispuesto a cometer un segundo crimen, no tuvo más re-

medio que sacrificar al doctor a fin de salvarse.

Otra de las cosas que se le ocurrieron a David es de que la aguja no podía haber sido lanzada desde lejos, por dos razones poderosísimas. En primer lugar, porque si el criminal estaba muy separado del inspector y del médico, estaba expuesto a herir a cualquier otra persona y luego porque de lejos tampoco podía haber atravesado la minúscula arma la ropa y clavarse tan profundamente en el cuerpo de la víctima.

A medida que iba transcurriendo el tiempo se fué cerciorando y afirmando esta idea hasta que terminó por creer que el asesino había estado sólo a uno o dos metros máximo de distancia.

Grant, mientras, fué indagando y haciendo preguntas que cada vez se alejaban más de lo que aquí se trataba, hasta que la hora fué ya muy avanzada y el mismo Grant propuso que al día siguiente, sin falta, se reunirían todos allí para terminar de esclarecer el misterio.

David acompañó a casa a su prometida, seguido por Grant, que no quiso dejarlos solos, especialmente a Diana, que estaba muy conmovida por lo ocurrido aquella noche fatal. Por el camino Diana preguntó:

—¿Cree usted que dará con el asesino?

—No lo dudo—contestó el criminalista—; es más, estoy cierto de que lo tengo.

—¿Y entonces por qué no ha hecho detenerlo?—inquirió David.

Sobrecogióse Grant por la pregunta y después de vacilar un instante dijo:

—Porque ya sabe usted que yo soy seguro en todos mis actos y jamás he querido acusar a un inocente.

—Me extraña que diga semejante cosa—sugirió David—. Un hombre como usted que a simple vista conoce a los delincuentes, no puede incurrir en esta clase de dudas.

—Sí, es verdad; pero no sé... lo ocurrido me ha impresionado vivamente... me ha dejado estupefacto y no tengo mis ideas claras.

David miraba atentamente al criminalista mientras hablaba y advirtió en él algo que nunca había visto. Su voz siempre segura, vacilaba y se esforzaba por sacar las palabras. Las sospechas de el joven se hacían cada vez más firmes, y para terminar de confirmarlas dijo remarcando las palabras:

—Pues yo no soy ni mucho menos de su capacidad y, sin embargo, estoy cierto de saber quién es el asesino.

—¿Lo sabe usted? ¿Tiene algún indicio? ¡Hable, por favor!—suplicó Grant.

En los labios de David se dibujó una sonrisa de triunfo, pero no quiso exponerse mucho por lo que pudiera ocurrir. Estaba seguro de que Grant había sido el asesino, pero no era un delincuente común. Se hallaba en presencia de un hombre de carrera, inteligente y que todo lo tenía premeditado. Si allí le acusaba, estaba seguro de que no terminaría su acusación, porque lo mismo que el inspector y el doctor caería muerto y tal vez lo siguiera Diana. Optó por dejar sus planes para el día próximo y sólo contestó a las apremiantes preguntas de Grant:

—Sí, tengo indicios.

—¿Qué indicios son esos?—preguntó Grant cada vez más agitado.

—No le des más tormento, David—suplicó Diana, viendo en aquel estado a Grant y que atribuía al nerviosismo de la noche pasada.

—¡No! ¡Déjelo que hable! ¡Es muy importante todo lo que se pueda saber para descubrir al asesino!—exclamó Grant.

—Grant—dijo David—. El inspector Sullivan ha sido muerto por alguna persona que se hallaba a su lado, lo mismo que el doctor.

—¡No es posible! —desechó Grant.

—Yo puedo decirle que lo es—afirmó David.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó Grant, que pareció haber recobrado su naturalidad.

—¿Puede usted creer que se mate a una persona con una aguja lanzada desde lejos, sentado, sin moverse, teniendo a la víctima tapada por otras personas?

—Es verdad... no puede ser—concluyó Grant, reconociendo lo atinadas que eran las palabras de David.

—¿Cree también que el criminal tenía intención de matar al doctor?—preguntó de nuevo el muchacho.

—No sé, no llego a comprender por qué tuvo que matar a otra persona—dijo Grant, encogiéndose de hombros.

—Pues se lo explicaré. Cuando apareció el doctor, iba a decir la distancia que había entre el criminal y la víctima. Esto no le convenía al sujeto porque no hubieran tardado mucho en dar con él y eliminando al doctor esta probabilidad estaba salvada, ¿no le parece?—explicó David.

—Sí y no, porque ahora otro médico puede hacer la misma investigación y dar con el culpable.

—Ahora ya no es posible—dijo David.

—¿Por qué?—preguntó Grant.

—Sencillamente, porque la puntada de una aguja es muy pequeña y dejando el cadáver hasta mañana sin ser examinado, la herida se cerrará y no será posible hacer la investigación, con lo cual creo que se debiera haber llevado las diligencias hasta que quedara aclarado este punto.

Diana miraba extrañada a su prometido. Si bien muchas veces le había oído hablar sobre crímenes y robos, nunca había tenido la ocurrencia de discutir nada a Grant, porque siempre había dicho que no era posible que Grant se equivocara e hiciera una cosa mal hecha y, sin embargo, aquella noche le estaba haciendo cargos contra su manera de actuar. No pudo contenerse por más tiempo y dijo:

—Perdonadme, ya sé que diréis que no entiendo en esas cosas, pero creo David que estás enojando a Grant con tus apreciaciones. Yo creo que él debe saber adónde va.

—En efecto, Diana. Aunque David tiene razón en muchas cosas, otras las ignora—respondió Grant.

—Es posible que ignore algunas cosas, pero otras—y subrayó esta palabra—estoy seguro de que no se me escapan.

Habían llegado al destino y Grant despidióse de los dos jóvenes quedando que al día siguiente, o sea al cabo de unas horas, se reunirían en el refectorio y harían lo posible para dejar zanjado aquel misterioso asunto. Se despidieron cordialmente, y Grant, un sí no es irónico, dijo a David:

—Me alegraré que sus pesquisas den el resultado que espera, pero... lo dudo.

—En ese caso, me cortaré la lengua por haberme atrevido a enseñar a Sherlock Holmes.

Todavía quedaron un rato viendo alejarse la figura del criminalista que, sin apresuramiento y con la vista fija en el suelo iba tal vez pensando qué ruta daría a sus ideas para esclarecer aquellos asesinatos.

David acompañó hasta dentro de la casa a Diana y allí con la luz fuerte del salón dióse cuenta de que su prometido estaba más preocupado que nunca. En otras ocasiones había tenido una fe ciega en Grant, y entonces no quería tenerla. Ello motivó que lo preguntara:

—David, ¿qué tienes? ¿Por qué estás tan serio?

—Comprenderás que el caso lo merezca y... dime, ¿tu padre tenía asegurada su vida, verdad? — preguntó David.

—Sí, desde hace tiempo, pero,

¿qué tiene esto que ver?—inquirió a su vez Diana.

—No sé, pero corren rumores un poco extraños respecto a Mr. Grant—explicó David.

—Pero... ¿será posible que sospeches de él? ¡Es inaudito!—exclamó Diana.

—No debes extrañarte de mis sospechas. Me he fijado esta noche, cuando le iba diciendo mis impresiones y le he visto retraído, dispuesto a no dar explicaciones. Esto es muy raro en él. Además, que me extraña también que lo que a mí se me ha ocurrido no lo haya pensado él antes.

Diana miró compasivamente a David y le recomendó:

—Debes acostarte y mañana estarás con el pensamiento más despejado.

—Como quieras, pero no quisiera abandonarte en una noche como ésta—sugirió David.

—¿Temes de que me pase algo?—preguntó asustada Diana ante las continuas palabras llenas de temor de David.

—No... pero todo puede suceder. Si me lo permites, me quedaré en el salón y tú puedes irte a descansar. Si ocurriera alguna cosa, grita—aconsejó el muchacho.

—No temas. Así lo haré—le pro-

metió Diana mientras se disponía a marcharse.

David no tenía sueño ni ganas de acostarse. Reconstruía sin cesar la escena pasada y, finalmente, buscó un alfiler por el salón. No tardó en hallarlo, luego buscó algo que le sirviera como tirador; la boquilla le podría hacer las veces, y finalmente retiróse a un extremo del salón, lanzando con toda la fuerza de sus pulmones la aguja, que fué a clavarse en el asiento de un sillón, eligiéndolo por David, y que por su dureza podía compararse con el cuerpo de una persona.

Se acercó al sitio donde se había clavado la aguja y pudo sacar ésta sin ninguna dificultad. A pesar de ser menos consistente que un cuerpo humano, la aguja sólo se había clavado en el sillón unos milímetros. La prueba había resultado verdaderamente satisfactoria y dispúsose a esperar unas horas para poner en claro aquel misterio, que para él dejaba de serlo.

Sigamos ahora a Grant. El criminalista, como había observado David, estaba muy preocupado, hundiéndose en sus reflexiones no se dio cuenta de que había llegado hasta su casa y, en contra de su costumbre, subió a pie en vez de utilizar el ascensor. Este cambio hubiera sorprendido mucho a algunas personas

si lo hubieran visto, porque Grant era un hombre que llevaba un método siempre igual en su vida, y lo que hacía un día era ya como un deber. Subió lentamente los escalones y metióse dentro del piso sin encender la luz, le convenía hallarse muy alejado de todo lo que le rodeaba para pensar.

En efecto, Grant había sido el asesino. Le habían impulsado a ello varios móviles. En primer lugar, el dinero. Su fortuna iba un poco mal, de un tiempo a aquella parte se había dedicado al juego y perdía considerablemente: logrando la muerte del inspector Sullivan y haciendo recaer luego la culpa a David, al que también pensaba suprimir, ya no había obstáculo alguno para que requiriera a Diana de amores y con la seguridad de que entonces no sería rechazado, tendría la mujer que soñaba y el fuerte seguro de Sullivan.

No pensaba matar al doctor, a pesar de haber estudiado tan bien el crimen no llegó a suponer que se pudiera saber a qué distancia se había lanzado la aguja envenenada y por eso cuando se dió cuenta de que aquello iba a saberse no tuvo el menor escrúpulo en asesinar a un nuevo personaje.

Era necesario obrar con rapidez si quería salvarse de las sospechas

que con tanto fundamento se iban arraigando en David. Entonces lamentaba haber dado tantas lecciones a aquel muchacho, que ahora por ironía del Destino se revolvía contra él. David había resultado un discípulo excelente; no había desaprovechado las explicaciones que le diera y la sería muy difícil vencerle en el terreno de las palabras, porque no le cabía la menor duda de que cuando se enfrentaran en la Jefatura, David explanaría sus sospechas de una manera contundente y antes de que pudiera hacerlo era cuestión de matarlo como a los otros dos.

Parecía mentira que un hombre como Grant, que siempre había luchado contra el crimen, estuviera metido allí, escondido casi, como un vulgar criminal y desarrollando mentalmente otro asesinato con una tranquilidad pasmosa, aunque de vez en cuando no podía reprimir un temblor convulsivo que agitaba sus miembros. A pesar de que lo hecho no tenía ya remedio, se asustaba ante lo que monstruosamente había llevado a cabo; pero entonces ya no podía volver atrás y o bien tenía que suprimirse antes de verse llevado a la silla eléctrica, o bien debía luchar por su vida aunque fuera a costa de otras. Optó por esto último, y para no aparecer cansado

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE

delante de David, se acostó con la esperanza de dormir un poco, pero no lo logró. Su conciencia, manchada con la sangre de dos personas, no le dejaba tranquilo. Veía aparecer en la oscuridad la sombra de Sullivan, que le echaba en cara su deslealtad y su crimen. Le acusaba ante todos los policías que el desdichado inspector había tenido a sus órdenes. También habían los gangsters que él había llevado a la muerte y se esforzaban por tirar de él para llevárselo y matarlo.

Luego en sus alucinaciones veía

que estaba en el tribunal sentenciando a David y que cuando iban a dictar el veredicto contra el joven, se presentaba el otro muerto y rompía el expediente incoado contra David y acusaba al criminalista que ocupaba el banquillo.

Estaba deseando que se hiciera de día para terminar con aquellas terribles pesadillas. Sentíase cada vez más fatigado temiendo que no tendría valor para hacer nada de provecho. Finalmente se durmió con una respiración agitada y soñando constantemente con sus víctimas.

SUPOSICIONES

AUNQUE se hizo lo posible para que nadie supiera lo ocurrido en la noche anterior, al hacerse la luz del nuevo día, toda la ciudad estaba enterada de los misteriosos crímenes, corriendo las más absurdas suposiciones y comentarios. De todas formas, como desde hacía tiempo que se venían sucediendo aquellos atropellos, la gente pronto los daba al olvido con la facilidad que da la costumbre de una cosa, y algunos habían que se alegraban de que el propio Jefe de Policía hubiera sido asesinado, porque tal vez sería la única forma de que en adelante tuvieran más celo en su cometido y metieran en cintura de una vez para siempre a tantos malhechores como andaban sueltos por la ciudad, en la cual se cometían atracos a plena luz del día, delante de la gente que, atemorizada, se refugiaba en los

portales, pues los criminales, sin hacer caso de nada, una vez habían conseguido realizar el atraco, montaban en automóviles y huían a toda velocidad disparando sus pistolas ametralladoras originando víctimas inocentes.

En más de una ocasión la opinión pública se había levantado contra los gobernantes, echándoles a ellos la culpa de lo que sucedía e incluso llegaban a decir que si no ponían coto a tales desmanes era porque todos estaban de acuerdo a la hora de repartirse el botín. Sin embargo, no era así, aunque tampoco iban errados en sus acusaciones. Entre la gente honrada que ostentaba los cargos de mayor responsabilidad se hallaban mezcladas personas sin ningún escrúpulo que hacían imposible la captura de aquel atajo de bandidos, y si alguno era pillado por la policía no tardaba

mucho en verse a la calle gracias a los hábiles manejos de los que poco a poco iban conquistando un puesto preeminente entre la gente de bien. Así no era más extraño ver caer mortalmente herido al diputado más querido de la población, cuyo puesto vacante era llenado seguidamente por otro que al cumplir con sus secuaces conforme le exigían, ya no había quien pudiera arrancarle del lugar donde se hallaba colocado.

A primeras horas de la mañana, en casa de Diana, se advertía que sus moradores no habían dormido mucho. Ella principalmente estuvo casi toda la noche en vela, con el temor de que no ocurriera algo y David tampoco pudo dormir mucho. Se sentían cansados y con ganas de que de una vez para siempre terminaran las indagaciones padar dar con el asesino.

Grant tardó algo más en despertarse, la noche había sido muy pesada para él y sólo pudo dormirse cuando ya casi la luz del amanecer penetraba por los amplios ventanales de su habitación. Preocupado como estaba no se quitó el traje y al levantarse, en su cara se advertían los estragos del insomnio y aun más de las pesadillas que padeció, parecía que en unas horas había envejecido diez años. Miróse al espe-

jo y se asustó del semblante que tenía; se lavó y se peinó, dando luego un suspiro de satisfacción. Lo único que le faltaba era tranquilizarse y como posela una voluntad de hierro, pronto aquellos temblores de la mano desaparecieron y se lanzó a la calle, arrogante y sin miedo a nada.

Como todavía era muy temprano, a fin de templar sus nervios paseó durante un rato por el parque pensando en la forma de deshacerse de su rival y por lo visto dió muy pronto con la solución porque en su rostro se dibujó una sonrisa satánica. Mientras, en casa de Diana, David estaba de bastante buen humor, aunque no por eso dejaba de sentir la tremenda desgracia acaecida. Al cabo de un rato apareció Diana dispuesta ya a salir y como viera a David con tan buen semblante, le preguntó:

—¿Qué te pasa? Te veo muy jovial.

—Perdóname, Diana; ya sé que hago mal no mostrándome triste, pero... creo que esta noche pasada he averiguado todo lo que me hacía falta. Estoy deseando que sea la hora de verme las caras con Grant —contestó David, abrazándola.

—¿Todavía sigues con tu manía?

—preguntó ella dolorosamente.

—No son manías, querida. Si me

equivoco dejaré de ser lo que soy y en vez de policía me dedicaré a vender cualquier cosa, pero nunca como ahora he estado tan seguro de lo que hacía. He conseguido saber algunas cosas y todo lo que ayer dije a Grant es verdad. Hasta no me extrañaría nada que no apareciera por la Jefatura—indicó David.

—Me parece que estás en un lamentable error y vale más que te asegures antes de hacer nada, porque será muy triste que luego de acusar a nuestro buen amigo le tengas que pedir perdón—dijo Diana.

—Lo lamentable—dijo David—, va a ser la decepción tan grande que vas a experimentar. Las apariencias son engañosas la mayoría de las veces, y ya verás cómo tengo razón.

—Estoy segura de que no la tendrás—exclamó Diana convencida.

—Mejor para ti en ese caso—respondió él de mal talante.

Le sabía mal que su prometida tuviera tanto interés en defender a un hombre que al fin y al cabo, por muy amigo que fuera, no dejaba de ser un rival más o menos encubierto. Tenía sospechas de que Sullivan había accedido a que fuera su yerno por no contrariar a Diana, pero que en el fondo hubiera estado más satisfecho si Grant hubiera sido el elegido por su hija.

Existen personas que, sin saber por qué, nos son antipáticas o molestas, ya a simple vista, sin necesidad de conocerlas ni haberlas tratado, y esto le ocurría a David, aunque si bien no le había demostrado claramente su disgusto, era porque todo el mundo le tenía como un perfecto caballero. Le molestó en extremo que Diana hubiera ido a su casa para pedirle un consejo y le dolía agradecerle que hubiera cambiado de parecer, sólo por una indicación suya.

Para él la muerte de su hermano y el robo que originó aquel fatal desenlace, únicamente atañía a su autor y aun en el fondo sentía un cierto resquemor hacia Diana por la actitud que tomó primeramente. Consideraba que el amor que no es capaz de saltar ante todos los obstáculos, de renunciar a todo, no es verdadero y él lo sentía así. Por Diana hubiera llegado al límite de todo sacrificio y aunque entonces apareciera ante sus ojos, un poco odioso por su obstinación en acusar a Grant, era preferible que fuera así, porque con toda seguridad sus deducciones no iban mal encaminadas.

Mientras se hacía estas reflexiones, penetró un criado llevando la prensa de la mañana, en la que se daban a conocer los dos crímenes

acaecidos durante la noche pasada. En las gacetas no se mencionaba para nada a Grant, pero se decía que muy pronto los criminales iban a caer en manos de la justicia. También se veía la fotografía de Sullivan, y Diana lloró amargamente ante el recuerdo de aquella persona que tanto la había querido y que tan bondadosa había sido para ella. Ahora se hallaba sola, sin más apoyo de momento que el de David, al que también estaba expuesta a perderlo de un momento a otro.

Se acercaba la hora fijada para acudir a la jefatura. Se vistieron rápidamente para ser puntuales y se dirigieron al lugar de la cita.

Al entrar vieron los mismos rostros de la noche pasada con evidentes pruebas de temor. También estaba Mary, que no dejaba nunca su sonrisa, puede decirse casi de alegría. El único que faltaba era Grant, y David temió que sus sospechas se confirmaran. No quisieron hacer nada sin que él estuviera presente y el joven guardóse de momento de decir lo que pensaba. Tranquilamente se sentó en el mismo lugar que estuvo unas horas antes y suplicó a todos que hicieran lo mismo.

En el sillón que había ocupado el inspector Sullivan todavía se conservaba la guerrera, y David proce-

dió a examinarla. De pronto dió un grito de asombro que no fue advertido por nadie. En la parte del cuello de la prenda se hallaba clavada la espina de una rosa. Necesariamente alguien debió acercarse mucho a él para que quedara clavada la espina de la forma que estaba. Mentalmente hizo una relación de los hechos y pensó quién podía llevar una flor. De los policías nadie, era inadmisibile; él tampoco llevaba ninguna y por fin recordó que Grant lucía una rosa en la solapa de su americana.

Tampoco dijo nada de su descubrimiento, y volvió a sentarse reflexionando sobre de qué forma debería enfocar el asunto. Sacó un cigarro puro de su bolsillo y notó algo extraño en él; el aire pasaba de un extremo a otro como si estuviera agujereado; soplo en el cigarro sobre la mano y dióse cuenta de que, en efecto, había un minúsculo agujero que permitía la entrada y salida del aire.

Con mucha precaución para que nadie se diera cuenta de su operación sacó un cuchillo y cortó por medio el cigarro. De su interior salió un tubo de ebonita. Luego recordó que aquel cigarro se lo había dado Grant, lo que equivalía a pensar que el criminal tenía la intención de hacerle aparecer ante todos

como el culpable, pero como aquel cigarro no había sido el que sirvió para cometer los asesinatos, era indudable de que Grant debía poseer otro si no se había desprendido de él.

Fué ahora cuando David se dio cuenta de que Grant, durante el transcurso de la presentación hecha por el capitán Philips en la conferencia, había llevado un cigarro en la boca siempre apagado. De forma que sin que nadie pudiera evitarlo ni tampoco verlo, fué muerto el inspector Sullivan y luego el doctor; el asunto estaba bien claro, únicamente hacía falta que llegara Grant para acusarle.

Mientras se hacía estas reflexiones llegó Grant, con muy buen aspecto por cierto, como si nada tuviera que temer. Había renacido en él aquella calma que entonces se veía algo estudiada y lo primero en que fijó su atención David es que todavía llevaba puesto el traje de la noche anterior, algo arrugado, lo cual demostraba bien a las claras que había descansado con él. También en la solapa lucía aquella rosa, ya mustia. Todos estos indicios no hicieron más que confirmar con más fuerza las sospechas que había concebido.

Grant pasóse la mano por la cabeza como si pensara lo que iba a

decir y, luego de algunas vacilaciones, empezó:

—Señores... ayer noche se cometieron dos asesinatos que no pueden quedar impunes. Hice hacer a cada uno de ustedes unas declaraciones para ver si conseguía algún dato que me pusiera sobre una pista cierta, pero no logré nada. Sobre las vagas apreciaciones no podía sentar una acusación cierta... no obstante, hubo algunas personas que por creerlas completamente fuera de sospecha no les exigí la declaración escrita. Que me perdonen los aludidos... pero en un caso como el ocurrido tengo el deber ineludible de solicitar estas pruebas.

El criminalista calló unos momentos y paseó su mirada por todos los que allí se hallaban para apreciar mejor el efecto de sus palabras.

Casi todos lanzaron suspiros de satisfacción al oír las expresiones del abogado, porque en su interior sabían que de nada les acusaba la conciencia.

Luego, Grant, que sin duda alguna todavía no tenía bien estudiada la comedia siguió diciendo:

—He lamentado mucho la muerte del que me honraba con mi amistad y aunque sé bien que debía haber dado parte de los crímenes sucedidos esta noche pasada, he querido seguir hilvanando mis planes a

fin de que el criminal no pueda escaparse y no tenga tiempo de preparar su defensa. Así, pues, como antes decía, pido perdón a los que acusé un poco precipitadamente y también solicitaré disculpa a los que voy a someter a varias pruebas, aunque pienso que con ellas conseguiré dar con el culpable.

Pasóse una mano por la cabeza como si le costara seguir su peroración. El que siempre habíase mostrado tan sereno, tenía en sus palabras un acento especial que le hacía temblar la voz o incluso sus ademanes eran forzados, como del hombre que no está seguro de lo que dice.

El auditorio estaba suspenso, mirándole, e incluso Diana no se atrevía a quitarle la vista de encima porque suponía que la muerte de su padre le había afectado hasta el extremo de haberle hecho perder la serenidad.

Sin embargo, había una persona que interiormente iba dándose cuenta de todo lo que le sucedía al criminalista. David, a quien su fino olfato policiaco pocas cosas le pasaban por alto, dábale cuenta de que Grant estaba aposentado en un mal terreno y que si continuaba hablando no tardaría mucho en caer en contradicciones.

David en seguida vió claramen-

te que Grant urdía la trama para hacer la acusación. Aquellas pruebas que exigían no tenían ninguna importancia, pues el criminal haría todo lo posible para que en las palabras escritas no pudiera adivinarse la verdad. Era cuestión de obrar rápidamente antes de que Grant pudiera cumplir sus funestos deseos.

Haciendo como que no oía las palabras del criminalista, miró a Diana, dándose cuenta de que estaba muy interesada en lo que decía el orador. Sin que Grant pudiera oírle, dijo a su prometida:

—Tengo una idea, pero para ponerla en práctica necesito tu colaboración. ¿Estás dispuesta a obedecerme?

—Sí, ya sabes que a pesar de tus ideas, tengo interés en que reluzca la verdad y sea castigado el asesino de mi padre.

—Pues entonces, escucha—explicó David—; disimuladamente te diriges hacia la llave de la luz y cuando yo te haga una señal, apágala.

—¿Pero, qué te propones?—preguntó Diana.

—Muy pronto lo sabrás—contestó David—. De momento haz el favor de ejecutar lo que te pido. Muy pronto sabrás quién ha sido el asesino de tu padre.

EL FINAL DEL DRAMA

GRANT seguía con su peroración, que a oídos de los demás sonaba a palabras huecas, pues todo eran suposiciones, divagaciones: en fin, cosas que en aquel instante no llevaban a ningún lado práctico.

El que, además de David, se dio cuenta de ello, fué el capitán Phillips, el cual, cansado de tanto perder el tiempo, muy cortés, pero al mismo tiempo enérgico, atajó a Grant diciéndole:

—Perdone, pero creo que el caso no debe ser examinado aquí. A pesar de lo que usted dijo de que nadie supiera nada, todo el mundo está enterado de lo ocurrido y comprenderá que su misión ha terminado aquí. Le ruego, pues, que tenga la amabilidad de dejar este caso a los

jueces competentes, que en caso de necesitarle le llamarán.

Grant, ante aquellas palabras, quedóse lívido de ira. No pudo suponer nunca que ni el capitán Phillips ni nadie se opusiera a lo que hacía y masticando casi las palabras dijo:

—Hago esto porque me parece que las cosas de esta índole deben ser tratadas con rapidez. Ayer fué el inspector Sullivan que murió; luego el doctor. Hoy quizás me pueda pasar lo mismo a mí y ustedes en vez de cuidarse de arreglar este caos no hacen más que fomentar-lo con sus ridículas esperas—dijo Grant.

—Me hago cargo de lo que dice, pero no tengo más remedio que ha-

cer lo que ordena la ley; puede proseguir toda clase de investigaciones, pero fuera de aquí. Sepa usted que no puedo acusar a nadie sin tener pruebas concretas y por desgracia no las tiene. El cuerpo de policía, aunque tenga sus taras, no puede usted desvirtuarlo delante de los mejores hombres. Cualquier cosa que sobre este punto tenga que decir deberá dirigirse al Gobernador.

Las palabras de Philips dieron un poco de calma a los policías y demás personas que se hallaban presentes, porque temían a Grant, y la más pequeña indicación de él era suficiente para que de momento los encarcelaran, aunque luego volvieran a ser puestos en libertad.

David se había levantado de su asiento para intervenir en el asunto. Con una calma completamente estudiada se acercó a Grant con un cigarro en la boca y dijo:

—Creo que están discutiendo en balde. Yo opino lo que Philips, Grant. Este caso no nos incumbe ya, debe reconocerlo y aunque aquí trabajemos para dar luz a tan misterioso hecho, luego volverán a ser efectuadas las pesquisas, de forma que es preferible que nos avisen.

—Es verdad—dijo Grant.

Luego se sentó y entonces David le dijo:

—¿Quiere hacer el favor de darme fuego?

Accedió Grant a la demanda, sin darse cuenta de que mientras encendía, David con mucha cautela le había levantado la solapa para ver la flor que llevaba y vió que estaba rota una de las espinas. Podía ser una casualidad e iba a llevar a término el final de su cometido.

Separóse de Grant, y sacándose el cigarro que ocultaba el tubo lanzador de la aguja, se quedó mirando fijamente a Grant. Este, que se dió cuenta, sacó a su vez otro cigarro de su bolsillo y se lo llevó a la boca. En este momento David hizo la señal y las luces se apagaron.

Cuando volvieron a encenderse, vieron a David tendido en el suelo. Parecía muerto, de la misma manera que Sullivan y el doctor. Diana creía volverse loca de dolor y Grant se acercó al cadáver de David, inspeccionándolo minuciosamente, en la mano halló todavía el tubo con una aguja y con tono de triunfo, exclamó:

—¡El criminal ha sido víctima de su propia obra!

—¿Qué quiere decir?—preguntó Diana asombrada.

Grant pasó su brazo alrededor de la cintura de la muchacha y con muchas pausas le dijo:

—Diana, este hombre que tiene

a sus pies es el criminal. El mató a su padre y al doctor; sin duda ha debido temer que se le descubriera y él mismo se ha pinchado antes que verse en poder de la justicia.

La acusación no podía ser más perfecta, y todos los que en la Jefatura se hallaban creían imposible que David hubiera sido capaz de semejante acción. Era muy estimado de todos y sus servicios de sobra reconocidos le habían valido el aprecio de sus superiores.

Grant estaba satisfecho, pero no porque, según a todos parecía, hubiera descubierto al criminal, si no porque se quitaba de encima aquel peso que le parecía lo llevaba de años. En unas horas parecía haber envejecido muchísimo.

Cuando las luces se apagaron, la mente ofuscada de Grant no llegó a comprender que no había sido una cosa casual, sino producida por alguien que tenía interés.

Al ver a David con el puro en la boca y mirándole de aquella manera especial, no le cupo duda de que algo sospechaba el joven policía, y un instante antes de que se apagaran las luces le lanzó la aguja mortal; luego, como si el azar quisiera protegerle, David al caer tocado por el dardo se asió a la mano del criminal llevándose en su diestra fuertemente cogida el arma que en tan

pocas horas había producido tantas víctimas.

En poco tiempo Grant creyóse ya dueño de la situación, podía casarse con Diana, la que con seguridad no le rechazaría y de paso quedaríase con la fortuna de Sullivan y su puesto, que es lo que entonces ambicionaba para retirarse de aquella vida llena de peligros que hasta entonces había llevado.

Diana no podía dar crédito a todo aquello, no era posible que su amado hubiera procedido de aquella forma tan infame.

—Pero, ¿qué motivo ha tenido para hacer eso? — preguntóse a sí misma.

—¿Nunca había discutido con su padre?

—Sí... la otra noche; ayer, mejor dicho. Estaba furioso porque se negaba a dar su consentimiento para nuestra boda. Le oí decir que se casaría a pesar de todo.

—Pues todo está muy claro. David, enfurecido por la negativa, pensó que una vez muerto su padre ya nada se opondría a sus deseos— explicó Grant.

—Pero, entonces ¿a qué matar al doctor? — inquirió Diana.

—Sencillamente, porque el doctor iba a decir algo que no convenía saber.

—¡No puedo creerlo!—exclamó Diana sollozando.

—Pues es la verdad — afirmó Grant.

Lo que menos podía pensarse Grant es de que David no estaba muerto ni mucho menos. Al suponer que sería víctima de una agresión hizo apagar la luz y tan pronto vió que el criminalista se llevaba el cigarro a la boca tuvo la seguridad de que iba a lanzar una aguja envenenada o hizo ver que el dardo dió en el blanco, tirándose al suelo. Tuvo antes buena precaución en agarrar el tubo que le dió Grant, a fin de que éste hiciera la acusación en toda regla.

Mientras David estaba tirado en tierra, tenía que hacer esfuerzos para no levantarse antes de tiempo a dar su merecido a aquel canalla que tan solapadamente intentaba cubrir de oprobio el nombre de una persona que siempre había sido honrada.

Cuando oyó que se acercaban para levantarlo, en un prodigioso salto encañonó con su pistola a Grant, diciéndole:

—Amigo, le ha salido mal el truco— y luego, dirigiéndose a los que estaban presentes, atónitos por los acontecimientos—les dijo:

—¡Detengan al criminal!

Antes de que pudieran evitarlo,

Grant se pinchó en la mano con una espina de aquella rosa que llevaba siempre en la solapa y como el que ya nada tiene que temer, dijo:

—No se molesten. Es un veneno muy activo y dentro de poco habré dejado de pertenecer a este mundo... es preferible que así sea... en esta vida hay que saber perder.

Calló un momento para fijar la vista en Diana y como para sincerarse, si es que ello podía ser, dijo:

—Perdóname; todo lo hacía por amor, me sublevaba la idea de que otro pudiera disponer de tu persona.

Una palidez cadavérica iba apoderándose de su semblante hasta que un mareo estuvo a punto de hacerle caer, pero ayudado por David, sentóse en una silla al propio tiempo que comentaba:

—Nadie podía suponer que una cosa tan pequeña pudiera producir una muerte tan rápida... siento... que esto... se acaba...

Inclinó la cabeza y murió. Diana, a pesar de todo, todavía tuvo una mirada de compasión hacia aquella persona que tanto la había engañado; luego dijo a David:

—Perdóname por haber dudado de ti.

—No tengo porque perdonarte; cualquier persona que no hubiera

tenido la vista que he tenido yo hubiera sido engañada.

Lentamente fueron saliendo del refectorio, donde en tan pocas horas habían pasado tantas tragedias, y David prometió a Diana que todo

aquello lo olvidaría en breve, pues su vida entera la pondría por completo a su disposición a fin de darle todo el cariño de que era acreedora y que entonces más que nunca merecía.

FIN

No pida usted una novela
cinematográfica cualquiera

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

o

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

publicadas por **EDITORIAL ALAS** que es garantía de selección



Publicación
selecta de
obras dramá-
ticas, cómi-
cas y líricas
de nuestros
más celebra-
dos autores

Precio 1'50 plas.

TÍTULOS PUBLICADOS:

Los intereses creados
La Tabernera del Puerto
Maria de la O
Guisa Fernanda
Morena Clara
Romance de Lola Montes
El difunto es un vivo
Los Claveles

EN PRENSA, el gran éxito

La del manojo de rosas

— PEDIDOS A —

EDITORIAL ALAS :: Apartado 707 :: BARCELONA

COLECCIONE...I

LOS GRANDES ÉXITOS DE Ediciones BIBLIOTECA FILMS

Precio 1,25 ptas.

ENTRE NOCHE Y DIA
EL VAMPIRO
MARIUS
UNA MUJER DE EXPERIENCIA
RONNY
LA COMEDIA DE LA VIDA
UNA NOCHE CELESTIAL
EL MARIDO DE MI NOVIA
ROCAMBOLE
LA AMANTE INDOMITA
UNA MUJER PERSEGUIDA
UNA MUJER CAPRICHO-SA
DELINCUENTE
DIPLOMATICO DE MUJERES
LA HIJA DEL DRAGON
VIAJE DE NOVIOS
EL ROBINSON MODERNO
DANTON
S. O. S. ICEBERG
AMORIOS

AUDIENCIA IMPERIAL
EL TESTAMENTO DEL DOCTOR MABUSE
PARIS-MONTECARLO
GUERRA DE VALSES
UNA VIDA POR OTRA
UNA DE NOSOTRAS
EL COLLAR DE LA REINA
LA MUJER ACUSADA
MORAL Y AMOR
PECADORES SIN CARETA
EL CRIMEN DEL SIGLO
EL ABOGADO
PASO A LA JUVENTUD
LAS CUATRO HERMANITAS
EL ULTIMO VALS DE CHOPIN
DICK TURPIN
CAMPEONES OLIMPICOS
SU MAYOR EXITO
¿QUE HAY, NELLIE?
UNA FIESTA EN HOLLYWOOD

LA MUERTE DE VACACIONES
DIVINA
CASINO DEL MAR
LA ULTIMA CANCION
EL VIAJERO SOLITARIO
GLORIA DE UN DIA
EL REY SOLDADO
20.000 DUROS
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL
OJOS NEGROS
UNA NOCHE DE AMOR
LA VIUDA ALEGRE
EL CABALLERO DEL FOLIES BERGERE
CORAZONES ROTOS
LA TELA DE ARANA
EL LOBO HUMANO
PODEROSO CABALLERO...
HORROR EN EL CUARTO NEGRO
LA FERIA DE LA VANIDAD

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

65 cts. tomo

TENTACION
DESFILÉ DE PRIMAVERA
TURANDOT

PATRICIO MIRO A UNA ESTRELLA
GUILLERMO TELL

SI YO FUERA EL AMO
CASTA DIVA
EL HOMBRE DE LOS BRILLANTES

BIBLIOTECA UTIL

Precio 1,25 ptas.

ARTE CULINARIO ARTE DE EMBELLECER BOTIQUIN DEL HOGAR

BIBLIOTECA IRIS

1,25 ptas.

CORAZONES ORGULLOSOS

ASTUCIAS DE AMOR

APRENDA LAS DANZAS DE MAS EXITO

Precio de cada tomo 0,40.

LA CARIÓCA

SLOW-FOX - FOX BLUES

EL CONTINENTAL

EL BOLERO - EL PICCOLINO

PREMIOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Josip de Batec gurqiz



2 Ptas.